PQ 7297
.A 57
Z 8

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class PQ 7297
Book A57Z8

ENSAYO BIOGRAFICO Y CRITICO

DE DON

WENCESLAO ALPUCHE

POR

FRANCISCO SOSA.

1846

MEXICO.
IMPRENTA DEL COMERCIO, DE NABOR CHAVEZ,
CALLE DE CORDOBANES NUM. 8.

1873.

DON WENCESLAO ALPUCHE.

D. WENCESLAO ALPUCHE.

ENSAYO BIOGRAFICO Y CRITICO

DE

DON WENCESLAO ALPUCHE

POR

FRANCISCO SOSA

MEXICO
IMPRENTA DEL COMERCIO, DE NABOR CHAVEZ
Calle de Cordobanes núm 8.

1873

PQ7297
A57Z8

204197
13

INTRODUCCION.

AL SEÑOR

Presbítero Licenciado Don Ildefonso Barrera.

Siete años han pasado ya, mi querido maestro y amigo, desde que en una tarde del mes Abril, ascendimos vd. y yo á la cima del cerro de San Diego que domina la poética aunque arruinada ciudad de Tekax, y en donde se eleva un modesto santuario en que la piadosa tradicion consagró altares al santo de Alcalá. Me acuerdo bien; llevábanos á tan hermoso sitio el doble deseo de contemplar el risueño panorama que la ciudad, sembrada de verdes huertas y rodeada de caseríos y fincas de labor, ofrece desde allí, en donde, segun algunos de sus biógrafos, descansan los restos mor-

tales del mas afamado y sublime de nuestros poetas. Visitar su tumba, evocar sus recuerdos, frente á la ciudad que fuera el principal teatro de su vida pública, rendir merecido homenaje á la memoria de Alpuche, aspirando la fresca brisa de la tarde impregnada con el aroma de los campos cubiertos de flores en aquella estacion, era en verdad la mejor manera de dar á nuestro espíritu espansion grata y por demas necesaria.

Todavía el sol con lento paso bajaba á esconderse tras de los montes de Occidente, dorando las lijeras nubecillas que de brillante púrpura se vestian al dar su despedida al que presta calor á las plantas y á los séres. Dulce melancolía se habia apoderado de mi alma en aquellos momentos: las suaves tintas del crepúsculo, los rumores de la naturaleza al acercarse la enlutada noche, y sobre todo, la tristeza que el corazon sentia al recuerdo de la pasada grandeza de Tekax, cuna de mis padres, todo, todo hablaba al pensamiento en aquellos instantes. Era yo muy jóven todavía, y sin embargo, todo un mundo de recuerdos históricos y poéticos se revolvian en mi frente, que sentia yo arder.

Cuánto hablamos aquella tarde! Cuántas reflexiones no sugiriera á vd. aquella ciudad que

yacia á nuestros piés! Yo las escuchaba atento y se grababan con tan seguros caractéres, que hoy me parece estar oyendo á vd. todavía.

Buscamos en vano una inscripcion, modesta que fuese, que indicara el lugar en que la gratitud, la amistad ó el patriotismo, hubiesen depositado los mortales restos del que con sus cantos habia inmortalizado su nombre. Pero todo en vano.

La indiferencia, por no decir la injusticia humana, habia condenado con inaudito desden á confundirse con la osamenta de animales impuros tal vez, la de aquel cuyo acento aún resuena en nuestro oido. Deploramos inútilmente tan infame conducta; pero antes de abandonar aquella mansion en que, acaso con verdad se decia, en época no remota, estaban las reliquias que buscabamos, prometí yo á vd. que algun dia, cuando ya mi voz pudiese demandar al público un momento de atencion, vindicaria la memoria del poeta de Tihosuco.

No pasó mucho tiempo sin que en las primeras páginas del primer libro que de mi pluma saliera, apareciese el nombre de D. Wenceslao Alpuche, entre los de aquellos hijos de Yucatan que mas han honrado á su suelo. En las páginas trece y siguientes, hasta la diez y nueve, de mi «*Manua*

de biografía yucateca» publicado en Mérida á principios del año de 1866, consigné en breves rasgos, por exigirlo así el carácter de la obra, los datos hasta entonces conocidos acerca de Alpuche. Pero poco satisfecho me encontraba con tan débil muestra de respeto á la memoria de tan insigne yucateco, y oportunidad mejor esperaba para consagrarle la que debida le era.

Viscitudes que vd. conoce, alejáronme de Yucatan, y trajéronme á mas populoso centro literario y social. No bastó, sin embargo, el ruido de la capital de la nacion, á borrar de mi memoria el recuerdo de una promesa no cumplida. Avivóse, por el contrario, al notar el poco ó ningun conocimiento que de las obras de nuestro poeta se tiene aquí aun en los mas ilustrados círculos.

El propósito concebido desde tan lejos, debia tener aquí realizacion, no diré satisfactoria, pero sí de la mejor manera que á mí me ha sido dado ejecutarla.

En cuanto á la forma, permítame vd. que le haga yo la explicacion debida.

Vino á mis manos no hace mucho tiempo un libro precioso, premiado por la Academia española, y escrito por el mas correcto de los modernos prosistas con que se enorgullece la patria de Cervan-

tes y Jovellanos. En este libro, D. Luis Fernandez Guerra y Orbe, revive la memoria del insigne autor de *La verdad sospechosa*, *El exámen de maridos*, y tantas otras perlas del floreciente teatro español en aquella época de tan gratos recuerdos para los amantes de la española literatura.

Mas de quinientas páginas de tan amena y erudita obra, no pudieron producir otro efecto mas provechoso en el último aficionado que rinde tan apasionado culto á las letras. Si un extranjero, me dije al llegar á la última página del libro sobre «D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza,» ha levantado al mexicano ingenio tan sólido monumento, ¿por qué no he de intentar un pálido bosquejo siquiera de un compatriota á quien en injusto olvido se tiene? ¿Por qué no escribir un libro, adoptando la forma del de D. Luis Fernandez Guerra y Orbe, procurando hacer fácil su lectura, desterrando la aridez comun á los estudios biográficos y críticos meramente?

Dolíame la conviccion de mi insuficencia; pero alentábame y mucho, el remordimiento que causarme podia que, ó nadie vindicase la memoria de Alpuche, ó se abandonase tal empresa á un extraño. Vencí los temores que me habian detenido, y puse manos á la obra que hoy se engalana con el

modesto pero digno nombre de vd., á quien vá dedicada, como una muestra del sincero cariño y profunda estimacion que guarda un discípulo que no olvida las lecciones que á vd. debe, ni mucho menos el afecto que siempre le ha dispensado.

Esto nada mas, mi inolvidable amigo, quiero que recuerde vd. al fijar sus ojos en las páginas de este ensayo que le ofrezco. Sobrada recompensa será para mí que alguna vez, dirigiéndose vd. con este libro en la mano á la cima del cerro de San Diego, lo lea vd. allí en donde la conciencia ilustrada del pueblo yucateco debia levantar un monumento al primero de sus poetas.

México, Julio 15 de 1873.

Don Wenceslao Alpuche.

No ese espíritu que á muchas personas anima y les hace prodigar apasionados elogios á los hombres y á las cosas, por el hecho solo de existir ó haber existido en su patrio suelo, es el que me impulsa á escribir el presente ensayo biográfico, y no sé si atreverme á llamar crítico. Tampoco abrigo la infundada pretension de creerme juez competente para calificar las notables producciones del yucateco poeta, objeto del estudio que, no sin temor, presento hoy al público criterio. Se trata solamente de dar á conocer las obras de un autor á quien en injusto olvido se tiene, no por

otra cosa mas que porque hasta hoy nadie se ha cuidado de popularizar su nombre, colocándolo al lado de los que viven en la memoria de los hombres ilustrados, sinceros apreciadores del mérito. Sirva lo anterior de disculpa á quien, con mas entusiasmo que luces, pretende dar honroso y merecido puesto á un poeta que no por menos conocido dejará de ser brillante y hermoso ornamento de mexicanas letras.

D. Wenceslao Alpuche es acreedor al aprecio y al respeto de los mexicanos, no tan solo por el claro ingenio y brillantes dotes que la naturaleza hubo de colocar en él, sino tambien, y accion tan meritoria demanda justo premio, porque supo y quiso emplear esas dotes en cantos hermosos á la libertad y á los héroes que nos la legaron. Patrióticas y sublimes sus odas, llenas de entonacion robusta y de varonil energía, respiran el fuego sagrado que animara á los nobles caudillos que hicieran independiente y libre á la patria de Guatimoc, cuyos manes imploraban tantos años hacia inmortal venganza.

De aquel género son, en su mayor parte las obras de nuestro autor; título sobrado para que con justicia se le dé el nombre de poeta nacional, y con brillantísimos caractéres le pongamos entre los de

esos á quienes las venideras generaciones guardarán todavía consideracion profunda y merecido respeto. Consérvanse aun los nombres y escritos de muchos que desdeñando las naturales y espléndidas bellezas de esta privilegiada region, donde al Hacedor sumo pluguiera colocar montañas auríferas, nevadas cimas que se elevan á los cielos, exhuberante y magnífica vegetacion, flores y frutos de variados climas, y cuanto de hermoso y bello puede encantar la vista y despertar la inspiracion, han cantado ora los bosques de sicómoros de la Palestina ó los arenales del desierto áridos y tristes; ora han celebrado las hazañas de los soldados de la cruz ó los hechos de los hombres famosos, cuyos nombres á cada paso se leen en las páginas de las historias que á la mano de cualquiera pueden venir; dejando vírgen, inculto, el campo extenso y delicioso de las nacionales leyendas, con sus indios de vistosos trages de pedrería y plumas, el martirio de los nobles aztecas por la orgullosa raza conquistadora; ó bien, sin remontarse á tan lejanos tiempos, el noble esfuerzo de los ínclitos varones que sin temor á las cadenas ni aun al cadalso mismo, lucharon hasta arrojar por siempre del poder, á los dominadores de la patria de Moctezuma. Así, mientras no ha faltado quien á tal distancia,

al contemplar los melancólicos rayos de la luna, hubiese evocado los recuerdos de Menphis y de Palmira, la destruccion de Babilonia, no han ido, los que tal han hecho, á sentarse sobre los derruidos muros del Uxmal y del Palenque, de Mitla y de Chinchen Itza, á demandar á las sombras que pueblan esas estancias, la incógnita historia de su perdicion y de su muerte. Si la actual generacion comienza, con laudable celo, á revivir nuestras padas glorias, de tal no pueden envanecerse los que, ya no con abandono sino con visible desprecio, habian mirado los tesoros que con mano verdaderamente pródiga derramó el Criador en este privilegiado suelo. Cábele, pues, á Alpuche la merecida palma que la gratitud del nuestro conceder debiera á los que no han tenido otro amor que el de la patria, ni otros cantos en sus lábios mas que para enaltecerla y bendecirla.

Pueblo floreciente por su situacion en la parte mas fértil de la Península yucateca, comerciando con las poblaciones del Oriente y Sur; abrigo, en tiempo no muy remoto, de comerciantes contrabandistas, y mas tarde avanzado centinela de la civilizacion y de la humanidad, Tihosuco es entre los que forman el Estado de Yucatan, uno de los que mas recuerdos históricos ofrece al curioso in-

vestigador de la vida de los pueblos. Y como para sellar con mas glorioso timbre sus ya mencionados títulos, dió cuna modesta sí, pero no por eso menos grata, á D. Wenceslao Alpuche, que el dia 28 de Setiembre de 1804 fué el fruto de bendicion con que el cielo premió la honradez de dos esposos llamados D. Miguel Alpuche y Dª Francisca Gorozica, que con el nacimiento de aquel hijo experimentaron el mas legítimo y completo gozo.

Empero, adversa la suerte de aquel que mas tarde habia de llegar á ser mimado hijo de las musas y lustre y orgullo del suelo que le vió nacer, privóle en sus primeros años de la benéfica sombra de un padre honrado y cariñoso. Jóven aun la viuda, y apenas enjugadas las lágrimas que sobre la tumba conyugal vertiera, nuevos lazos vinieron á atar su existencia á la de otro hombre que por bueno que fuese, suplir no hubiera podido el afecto y la consagracion que el huérfano necesitaba. Acaso la madre del poeta, si bien no supo vencer su natural inclinacion al estado matrimonial, no por eso quiso exponer al peligroso trato de un nuevo padre al niño, y prefirió verle partir para la Capital de la Península á sufrir las penalidades de que sembrada se encuentra la niñez del hombre, cuando bajo otro techo que no es el del pater—

no hogar, deslizarse mira la encantadora y risueña edad en que los infantiles juegos y las dulces caricias de una madre cariñosa, disipan el instintivo horror con que los mas vemos la escuela, con su maestro severo cuya mano empuña la palmeta odiosa, suspendida, nueva espada de Damocles, sobre nuestras cabezas.

Una vez alejado de la tranquila morada á cuyo suave calor parecia que iba despertando, con precocidad prodigiosa la inteligencia del niño, se halló derrepente en mas populoso centro, y con elementos mayores para desarrollar las naturales dotes de su entendimiento.

Fué tal la inteligencia y aplicacion que hubo de desplegar, que no pasó mucho tiempo sin que el niño se encontrase en aptitud de frecuentar las aulas del Conciliar Seminario de San Ildefonso, en donde á la juventud se le brindaba con los estudios de las humanidades. Natural era que allí brillasen, como en superior esfera, las cualidades de Alpuche. Sucedió así en verdad, alcanzando preferente colocacion entre la pléyade estudiantil que henchia las aulas del entonces único establecimiento de enseñanza superior en el Estado.

Mas antes de dejar correr la pluma para llegar por menos cansada senda á la narracion de la vida

del poeta, detengámonos á considerar hasta dónde el tridentino Seminario podia satisfacer la sed del saber que ya por aquel tiempo, cuando los albores de nuestra santa libertad aun no tardaban en lucir, parecia que devoraba á la juventud peninsular, que mas tarde habia de declararse, generosa y fuerte, por la causa inmortal de nuestra emancipacion gloriosa.

Siempre, sin dejarme conducir de ciego espíritu de intolerancia, he reconocido los meritorios servicios del alfonsino Seminario de Mérida en que, como en fuente pura, bebieran la ciencia los yucatecos que con el transcurso de los tiempos han llegado á alcanzar un nombre digno en las letras, en el foro ó en la hipocrática ciencia. Pero deber es de estricta justicia, confesar que no era allí, y mucho menos en aquella época en que no acaban de extinguirse los últimos rayos de la dominacion ibérica, en donde podia una alma como la de Alpuche, de inspiracion y volcánico fuego llena, encontrar el camino que al sagrado Helicon conduce.

Si la naturaleza se habia manifestado pródiga de bienes intelectuales en Alpuche, no así, ingrata la fortuna, que le habia negado los medios que para buscar mas ámplio teatro necesitaba. Tenia que resentir forzosamente el atraso en que yacian las

letras nacionales, y mucho mas en las provincias ó departamentos lejanos y pobres, como aquel que se honra contando á un Quintana Roo, á un Zavala, á un Sierra y á un Alpuche por hijos. No era entonces la bella literatura una asignacion en los estudios profesionales, ni las publicaciones que hoy abundan ofrecian sus páginas á la estudiosa juventud, ni buenos modelos habia para imitar, ni como ejercitar la emulacion. Falto de recursos, lamentaba no tenerlos para proporcionarse obras didácticas, y su imaginacion no encontraba por donde quiera sino obstáculos, cuando anhelaba abrirse paso enmedio de la noche tenebrosa que envolvia á las letras; y su ánimo, ya que no vencido porque su temple de tal desgracia le ponia á salvo, estaba entristecido por no hallar mas ancha esfera en que poder agitar las alas de una imaginacion que, cual águila presa, queria remontarse á los espacios infinitos, dirigiendo su vuelo majestuoso á las regiones de la ciencia y la inmortalidad, sin lograrlo.

Por este tiempo vinieron á manos del jóven tijosucano algunas comedias de aquel Fénix de los ingenios, á quien el inmortal autor del *Quijote* llama el *monstruo de la naturaleza*; de aquel Frey Félix Lope de Vega y Carpio, que escribió mil ochocien-

tas comedias, y que cultivó todos los géneros de poesía conocidos, dejando por donde quiera huellas brillantísimas de su preclaro ingenio; las del no menos célebre príncipe de los poetas dramáticos, D. Pedro Calderon de la Barca, que á los trece años de edad compuso la primera de sus comedias, *El carro del cielo*, y atesoró cuantos conocimientos se podian adquirir entonces; y poeta y soldado, y vistiendo despues el talar vestido del sacerdote, legó á la posteridad, que aun hoy le admira, mas de cien autos sacramentales, ciento veinte comedias, doscientas loas, cien sainetes y otros muchos escritos que testifican su talento asombroso; talento que, con solo aquella que se intitula «*La vida es sueño*,» nos dejó una muestra preciosa, porque como un autor ha dicho: ¿quién, desde los griegos hasta nuestros dias, escribió una pieza dramática en que brillasen á la vez los encantos de una versificacion inimitable, la filosofía mas profunda y las mas elevadas tendencias religiosas como en «*La vida es sueño?*»

Tambien hubo de leer otras de Moreto, insigne autor de *El desden con el desden*; de Moreto que, aunque imitador, y tal vez pudiera decirse, perfeccionador de Lope y de otros de sus antecesores, dejó tambien obras originales, que la conciencia

ilustrada aplaude hasta el presente, como fueron aplaudidas por los años de 1640 á 1736. Tan provechosa lectura no habia de producir sino benéficos frutos, y Alpuche, animado por ella, intentó desplegar las alas de su imaginacion en una obra de tal naturaleza. Pero cuál hubiera sido el resultado de aquel intento, es cosa que no puede decirse á punto cierto, pues aunque no debe abrigarse la menor duda de que puso manos á la obra, y aun de ella se le oyó alguna vez hablar, inútiles han sido hasta el presente las pesquisas que para hallarla se han hecho. Como quiera que sea, Alpuche poco satisfecho de su trabajo habrá quedado cuando en el curso de su vida no se le vuelve á notar aficion al culto de Talía.

Mas, ¿qué estraño que el yucateco, jóven aficionado tan solo, no hubiese alcanzado feliz éxito en su único ensayo dramático, cuando hemos visto al dulce Melendez Valdes, uno de los que á la poesía castellana restauraron el buen gusto y la pureza, saliendo poco airoso en sus *Bodas de Camacho*?

Alpuche estaba llamado á sobresalir, ya que no en la escena, sí como poeta lírico, entonando magníficas estrofas á la libertad, celebrando las acciones de nuestros héroes, y tambien pulsando las

cuerdas de su lira, ora para censurar con enérgica indignacion los desmanes de venales jueces, ora cantando las bellezas de su amada, los rigores de una ingrata ó las amarguras de la ausencia.

Mas acabado modelo, mas digno maestro no pudo entonces ofrecérsele que el laurado poeta, cantor inmortal del prodigioso invento de Guttemberg.

La obras de Quintana fueron leidas con hidrópica avidez por Alpuche, que con empeño plausible se propuso seguir las huellas de tan acreditado maestro, hasta el grado de estar en el mismo metro usado por aquel español ilustre la mayor parte de las poesías que del yucateco se han salvado.

De esta manera, el cantor de Hidalgo no de otra que el cubano Heredia, el cisne del Niágara, apuró las bellezas que las obras de Quintana encierran, inspirándose en sus magníficas ideas y procurando seguir en las suyas la entonacion robusta de las poesías del gran maestro.

En las hermosas imágenes esparcidas aquí y allá en las obras del yucateco; en la expresion misma, parece que descubrimos la direccion hábil de tan inspirado y sábio mentor. Pero ay! que no eran bastantes ni el talento claro del tijosucano,

ni su afanoso empeño; pues, como ya queda manifestado al principio, aun resentia nuestra patria la ignorancia consiguiente á tres siglos de esclavitud moral y política. Por aquel entonces la española literatura no alcanzaba la época mas floreciente, ni en la dramática ni en la lírica. Seguíanse todavía los pasos de Montiano y de Luzan, perfeccionados es cierto por el esfuerzo de Jovellanos, de Moratin y de Melendez; pero pervertidos del todo por la maléfica influencia del gongorismo, representado entonces por Cienfuegos.

La literatura extranjera, desconocida del todo por Alpuche, le negaba sus correctos autores, cuya lectura hubiera contribuido tanto al desarrollo de sus naturales disposiciones.

Aquí tenemos, pues, al jóven yucateco llamando á las puertas de la gloria, sin mas títulos que su claro ingenio y su fé inquebrantable.

La primera composicion que atrajo hácia Alpuche las públicas miradas, conquistando á su nombre celebridad, fué la intitulada «*A un juez*,» impresa sin la firma del autor, cuando ya por suya era sobradamente conocida, pues hubo de circular manuscrita antes de darse á la estampa. La poesía en cuestion es una valiente sátira dirigida contra un personaje odioso, que atropellando la justicia,

quebrantara, desvergonzado y cínico, las leyes en que la pública moral descansa, hasta el grado de asesinar con infame modo á un ministro del altar. Resiéntese la sátira de que me ocupo, entre otros defectos que habré de indicar, de uno bien grave por cierto, y es el de citar nombres de personas en ella, de tal suerte que el compilador de las poesías del autor, para darle cabida entre las demas, juzgó, muy acertadamente, indispensable desnudarla de toda idea que contribuyera á hacer odioso el nombre de otro, para que de este modo la composicion pasara hasta las mas remotas generaciones, como una sátira sobre los delitos de un funcionario, como una sátira menos correcta tal vez que alguna de los Argensolas; pero tan enérgica y vigorosa como las de estos grandes maestros.

Quien así la calificaba bien merecia ser escuchado, pues con mejores elementos que Alpuche habia hecho estudios provechosos que llegaron á hacer de él uno de los fundadores de la yucateca literatura.

Al leer la sátira á «*Un juez*,» creeríase que el autor se habia inspirado con la lectura de aquellas tan vehementes del latino Juvenal, que exhalara su indignacion contra los vicios de su siglo; notables por aquel acento de conviccion que en ellas se

descubre y que alcanzaron general aplauso en los reinados de Trajano y Adriano.

Escuchad, si no cómo comienza tan valiente composicion, con estas estrofas que no se desdeñaria el mejor poeta en reconocer como suyas:

¡Hasta cuándo será que los mortales
El don de la palabra degradando,
Con sus viles lisonjas estén dando
Pábulo infame al execrable crímen!
Bajo dura opresion los pueblos gimen;
Y en lugar de escucharse sus lamentos,
Se esparecen por el aire los acentos
Que aduladores sin pudor levantan,
Y alabanzas prodigan al tirano
Que abate á la virtud con dura mano.
Insensatos, callad: no mancheis necios
Vuestros débiles lábios, y á los vicios
No deis de la virtud los sacros nombres.

Continúa invocando á los yucatecos á alzar la frente que se muestra abatida, y á lanzar un grito de indignacion que diga al mundo, la ferocidad, las maldades y perfidias del tirano para que las edades venideras aborrezcan su nombre ya cubierto en la presente de maldiciones. Invoca á los que en el pecho llevan un corazon sensible para que de horror se llenen al contemplar aquella diestra enrojecida con la sangre de los que por él han sufri-

do la muerte. Pinta luego á los indios infelices arrebatados de su hogar y llevados á lejanas tierras, condenados á duro trabajo, á incesante faena que, sin embargo, no basta á saciar la voraz codicia de su opresor. Tan palpitante es el cuadro que en solo una estrofa nos presenta, que nos parece ver á los indios, mudos, con el rostro abatido, tristes los ojos, soportando servidumbre tan odiosa.

Dirige despues su voz á los hombres honrados, que en premio de su virtud y de su adoracion á la patria, gimen en las prisiones cargados de cadenas, y exclama:

Prisiones y cadenas son los dones
Con que premia el tirano á aquel que emprenda
Seguir de la virtud la augusta senda.

Traza en seguida con mano diestra el espectáculo que presentan hoy los que ayer fueran legisladores inviolables, que estaban sentados en el santuario de Astrea y que yacen ahora con pesados grillos y rodeados, cual si fueran salteadores, de esbirros, en tanto que el usurpador se lanza á desgarrar las leyes y á pisarlas impunemente. Alcanza la crueldad del injusto juez hasta á los sacerdotes, arrancando á la lira del poeta, enardecido ante aquellos horrores, imprecaciones al cielo y á

los hombres que se prestan á ejercer tantas maldades.

Tentado me encuentro á reproducir en este lugar una larga estrofa, palpitante, en que Alpuche describe el martirio del P. Andrés; porque revela hasta dónde era fácil al autor dejar poseido del mismo ánimo que le hacia trazar sus cuadros, al que con los ojos de la inteligencia llegara á contemplarlos; pero seria dar extension harto peligrosa á este escrito, y acaso fatigaria al benévolo lector.

Renunciemos, pues, á ello, y veamos como despues de dejar consignados nuevos horrores, concluye así, cerrando con llave de oro esa poesía á que justamente debió Alpuche, como asentado queda, el principio de su popularidad en su suelo natal:

¡Y este mismo es el hombre que sentado
Miras ¡oh Yucatan! en el augusto
Trono de la justicia! El insolente
Que la moral corrompe impunemente,
Osó arrebataros la balanza
De la suerte del pueblo! Tiembla, tiembla
Al verte en ese sólio, ¡oh enemigo
De Dios y de los hombres! Tu castigo
Estallará cual rayo, y vanamente
Querrás alzar la condenada frente

Que oprime el peso enorme
De la reprobacion....! ¡Le veis, mortales
Ya sus feroces ojos se oscurecen,
Sus miembros ya se agitan, se entorpecen.
Sus cabellos se erizan;
Colores en su rostro se deslizan
Cual relámpagos fúnebres....
Su pecho se hincha de furor que en vano
Intenta sacudir.... ¡Dónde te escondes!
¡El señor contra tí su rostro afianza!
¡Dónde escapar podrás á su venganza!
Ya, en remolino horrendo
Al abismo profundo
Te precipita el anatema eterno....
Anda á llenar de horror al mismo infierno.

El final de la estrofa que de copiar acabo, difícilmente podrá ser superado por poeta alguno. Este verso:

Anda á llenar de horror al mismo infierno,

pronunciado despues de pintar con tan vivos colores las iniquidades del juez á quien va dirigida la sátira, es de un efecto maravilloso, y por él se viene en conocimiento de que Alpuche, sin conocer las reglas del arte, guiado solo por su natural buen gusto, comprendia que si es preciso despertar al principio de una obra el interés del lector, y darle pábulo creciente, no es menos indispensable rema-

tar de manera adecuada y que conserve la impresion producida desde el principio.

Tales son, entre otras muchas en que intencionalmente no he querido detenerme, las bellezas que hallará cualquiera en la poesía «*A un juez.*» Resiéntese, sin embargo, de algunos defectos que habré de apuntar tambien ligeramente; defectos disculpables á mi entender, si se recuerda que el autor no habia hecho un serio estudio de las reglas de la métrica española. Ademas, y circunstancia es esta que el crítico mas severo deberá tener siempre presente; esta sátira ha llegado á nuestros tiempos mutilada, para borrar así la mala impresion que las personalidades de que el autor la sembró, hubieran, sin duda, causado.

En la cuarta estrofa, desde el verso 48 al 52, se nota la falta de armonía que produce la acumulacion de una misma asonancia en los cuatro versos:

> Y su audacia feroz aun no saciada
> Con perfidias y crímenes se lanza,
> A desgarrar la ley pura y sagrada:
> La pisa impunemente y se abalanza, etc.

En la siguiente, y desde el verso 71 al 79, se nota igual defecto, pues en esos ochos versos, solo

el 75 que termina con el adjetivo *piadoso* deja de asonantar con los demas en *e o*, de manera que el oido se cansa de oir todas estas palabras asonantadas: tormento, lleno, ageno, perverso, templo, ejemplo y universo; falta todavía mas visible cuando la segunda y tercera, como la quinta y la sesta, son perfectos consonantes.

Desde el verso 80 hasta el 84, la misma prodigalidad de asonantes pero en *i o*, se halla, como tambien desde el 108 al 114 en que solo el 109 nos libra de oir el poco armonioso sonido que producen juntos los gerundios *derramando*, *arrastrando*; los adjetivos, *pesados* é *hinchados*, y los sustantivos *estrago* y *lago*, consonantes rigorosos á su tiempo, y cada uno de otro á su vez.

En los once versos que van á continuacion de estos, hallamos ocho palabras en que el asonante *e o* domina, mezclados, como en los casos anteriores, con palabras que producen rima completa, y así en otros lugares de las estrofas con que la sátira concluye.

En la sesta estrofa encuentro:

Y con rabia infernal siempre implacable,
Lo hieren, lo maltratan, lo atormentan,
Lo confunden, y al fin lo desalientan,

dice hablando del martirio del P. Andrés. Aquí échase de ver, primero, que Alpuche, tal vez sin notarlo, se declaraba *loísta*, siendo así que el gusto, la pureza misma del lenguaje piden *le* en el presente caso, tratándose, como se trata, de un sér racional. En segundo lugar, poco acerta la me parece la gradacion que Alpuche usó: herir es mas que maltratar, atormentar mucho mas significativo que confundir, y sobre todo, muy pobre, muy débil aparece en el rasgo final la frase: *lo desalientan*. Acaso Alpuche quiso significar que le habian privado del último aliento que se exhala con la vida; pero la acepcion natural y mas generalmente usada de ese verbo es desanimarse, fatigarse, acobardarse, cosas que es de suponer que de antemano habian afligido á la víctima á quien el poeta nos habia presentado ya herido por una turba feroz; al mismo sacerdote, sobre quien caía, como copiosa lluvia, los golpes de sus verdugos.

En la penúltima estrofa se lee:

Corramos, si es posible, un denso velo
A tanta iniquidad: compadezcamos
La triste situacion en que ha dejado
El partido infeliz, á do lanzado,
A un tiempo fué su perdicion y azote.
¡Oh! ¡qué inícuas doctrinas ha enseñado!

Creo que no solo el poco entendido forjador de este ensayo biográfico, pero ni el mas ilustrado crítico, podrá hallar sentido á los versos arriba copiados. ¿A quién dejó en triste situacion el partido infeliz? Seguramente al pueblo que presenció los crímenos del juez á quien el poeta censura, pero no lo dice así esta estrofa. Y en ese *á do lanzado*, ¿qué quiso decir? Tampoco puedo entenderlo, y por consiguiente, qué hilacion puedan guardar los anteriores versos con este otro:

A un tiempo fué su perdicion y azote.

Consuélame, sin embargo, la idea de que la persona que, por los motivos ya dichos, mutiló la sátira en cuestion, fué quien, por involuntario descuido al arreglarla para su publicacion, destrozó el sentido de esos versos. Mas aún, me atrevo á suponer que un cajista poco ó nada conocedor de la gaya ciencia, dejó en tan deplorable estado la estrofa, y un corrector poco cuidadoso no supo enmendar aquella falta.

Como quiera que se juzgue, de estricta justicia es confesar que no son ciertamente los lunares descubiertos los que rebajan el mérito de la sátira á «*A un juez*,» que contiene bellezas de primer órden, y que considerada como la primicia de la inteli-

gencia de un autor todavía inexperto, merece ser juzgada con ánimo suave y benigno.

Esa poesía marca la aparicion de un astro brillante en el cielo de la lituratura yucateca, en que brillaba ya el clásico Quintana Roo, D. Andrés, poeta inspirado y elocuente prosista, el castizo historiador y político D. Lorenzo Zavala y D. Francisco Bates, crítico, hábil redactor del *Diablo cojuelo*; personajes que tan importantes servicios prestaran en la lucha titánica que el mexicano pueblo tuvo que sostener para inscribir su nombre al lado de las naciones independientes. Y en ese cielo brillaron mas tarde Perez Ferrer, ardiente apóstol de la libertad y feliz imitador de Zorrilla; Cisneros, Aldana, uno de los mejores sonetistas mexicanos; Rivas, y otros que, aletargados por algun tiempo, entristecidos por las desgracias que afligen á su suelo, despiertan de repente y dejan oir los armoniosos sonidos de su lira de oro.

Tal fué la primera composicion de Alpuche, que alcanzando feliz éxito, corrió de boca en boca, é hizo buscar con ansia el periódico en que viera la luz. Y en verdad que sobre manera sensible es para el que estas líneas traza, no poder consignar en ellas la época precisa de tal suceso, que sería dato curiosísimo para quien mas tarde intente se-

guir los pasos de las letras yucatecas y trazar su cuadro histórico. Pero de tal satisfaccion me priva la distancia que de la península de Yucatan me separa, y la total carencia de fechas al pié de las poesías que se registran en la coleccion que á la vista tengo, y que es la única que á la estampa se ha dado desde el año de 1842.

Alentado Alpuche con el éxito que la sátira «*A un juez*» alcanzara, continuó por la senda que habia elejido, y aparecieron despues los poemas *Hidalgo y Eloisa*, y algunas otras producciones de su ingenio; no á cada momento porque sus atenciones agrícolas demandaban su presencia en las incultas soledades del campo. Por qué Alpuche, habiendo adquirido apenas los conocimientos secundarios que en el Tridentino Seminario se cursaban, no abrazó una carrera profesional es cosa que ninguno de sus biógrafos explica. Racional parece, sin embargo, la suposicion de que no á indolencia de carácter sino á necesidad imperiosa de atender personal y asíduamente sus escasos intereses debe atribuirse aquel suceso. Como quiera que sea, volvemos á encontrarle otra vez en las fértiles campiñas de Tihosuco, aspirando las mismas brisas que mecieran su modesta cuna, y teniendo por solo estudio el para todos abierto libro

de la naturaleza. Paréceme verle allí, labrador consumado, contemplar con ávida mirada las doradas espigas de sus maizales y las esbeltas y flexibles cañas de azúcar, prometiéndose ópimos frutos y productiva cosecha. Paréceme verle con aquellos sus ojos de águila, fijos en el espacio, como demandando á la nubes la benéfica lluvia que fecunda las plantas; pero ay! que junto á él no miro los preciados libros de los clásicos autores, en que hallado habria manantial inagotable de bellezas poéticas, y excelentes modelos para dar mas hechicera forma á las propias inspiraciones. Por aquel tiempo, en la plenitud ya de esa agitada época en que las pasiones combaten el corazon del hombre, cuando una mirada y una sonrisa bastan para inflamar un alma, Alpuche que, por otra parte, de fogoso carácter habia dado muestras, ó iniciándose estaba en el culto de esa diosa engañadora llamada la política, no habia de emprender, seguramente, sérios estudios para perfeccionarse en el divino arte.

Una vez abandonadas las aulas de San Ildefonso, difícil si no imposible era que á sus forzosas faenas campestres quisiera juntar las de un voluntario estudio, haciendo llegar hasta aquel apartado rincon de la Península las obras de que debia nutrir su entendimiento. Además, ¿para quién es-

cribir, cuando no era la lectura todavía delicioso pasto del alma?

Empero, como las aves que en ciertas estaciones del año enmudecen, y luego vuelven con mas armoniosos trinos no aprendidos, así Alpuche, sin estímulo, volvia á tomar la olvidada lira y sacaba de sus cuerdas esas notas dulcísimas cuyo eco aun repiten las brisas marinas en las playas yucatecas; aun suspiran entre las hojas de las campiñas tijosucanas, ó remedan en las desiertas casas de la ya destruida poblacion un lamento hondo y desgarrador.

Ah! si la muerte inexorable no hubiera segado su vida siete años antes de que el maya lanzase el grito de exterminio contra la raza dominadora, llevando armada la diestra de afilado machete, y difundiendo por donde quiera el incendio, la desolacion y la muerte, Alpuche hubiera visto desaparecer las heredades de sus mayores, y sucumbir despues de horroso sitio á la infausta Tihosuco, cuyos hijos supieron defenderla con heróico brío; pero á quienes negó la victoria su magnífico laurel. Y qué cantos tan hermosos, qué elegias tan sublimes no hubieran brotado de su mágica lira, ante aquellos escombros que para él encerraban tantos y tan melancólicos recuerdos .....! Pero

aun no es tiempo de hacer tales consideraciones; sigamos á Alpuche en los momentos en que los yucatecos se deleitan con su incomparable poema «*Hidalgo.*»

Muchos opinan que este poema es la mejor obra que Alpuche nos legó. Las bellezas que en él se admiran, los elocuentes rasgos en que abunda, las hermosas figuras que allí destacan, la entonacion robusta de sus estrofas, todo justifica el aplauso con que fuera recibido y que resuena todavía, y resonará siempre, mientras existan personas que rindan homenaje al verdadero mérito, y hombres que á la libertad tributen ferviente y pura adoracion.

Intentaré señalar algunas de sus bellezas: confieso que solo leyendo el poema podria ser apreciado dignamente; pero tarea voluntariamente impuesta la mia, debo procurar llenarla de la manera menos mala que dado me sea.

Para lograrlo, trazaré á grandes rasgos el cuadro hábilmente ejecutado por Alpuche. Cese el cobarde temor y emprendamos la obra.

Comienza el poeta por presentar á la patria exhalando gemidos de dolor que hieren los oidos de sus hijos aumentando su afliccion; condenada á oprobio vergonzoso, sangriento el seno, ajada su

beldad por la española tiranía, y enrojecida su faz por las lágrimas de sangre que vierte enmedio de males tantos.

Al verla en tan lastimoso estado, no puede menos que preguntarle qué se ha hecho su grandeza, su poder, su brillo; distinta, trocada la encuentra de lo que en remotos dias la mirara el mundo, y entonces le dice que fué tan rápida su gloria como el brillo del relámpago que al apagarse ennegrece mas la region del viento, y todo porque la opresion la hundió en la miseria y la condenó á verter amargo llanto. Pero no puedo resistir al deseo de copiar aquí una parte siquiera de tan hermoso rasgo:

..... ¿Dó la gala
Está, con que adornaste á tus guerreros,
Generosa y magnánima Tlaxcala?
Dónde los esforzados campeones
Que intrépidos y firmes resistieron
De la orgullosa España los pendones?
¿Dó está la gloria suma
De la extensa region que en otro tiempo
Engrandeció el poder de Moctezuma?
En dónde están, Cholula infortunada,
Tus altísimas torres? Dónde, dónde,
Tenoxtitlan sagrada
Tu antiguo brillo y magestad se esconde?

Recuerdo haber oido á una persona que íntimamente trató en Yucatan al inspirado autor del *Trovador*, que tan competente autoridad decia que solo el bellísimo rasgo que acabo de copiar, bastaba para revelar á un gran poeta. García Gutierrez tenia razon, esa estrofa es bellísima y muy digna de figurar en el poema «*Hidalgo.*»

Despues de esta introduccion brillante, encerrada admirablemente en solo trienta y siete versos en que á la vez se admiran la sonoridad, lo hermoso de las imágenes y los epítetos mas adecuados, da principio á lo que me atrevo á llamar la narracion. ¡Qué hermoso es el cuadro, y cuán palpitante, en que vemos á Cortés pisando las mexicanas playas, conducido por el génio de la muerte, centellando en su diestra la sangrienta espada, y oponiéndose al paso del invaser las huestes indianas, que, con ímpetu indomable, se convierten en montones de cadáveres antes que dejar fácil acceso al enemigo de la patria!

Para pintar la afliccion de esta en aquellos momentos, dice el poeta:

La tierra virginal lanza un gemido
Al recibir tal monstruo, y se contrista
Cual tímida paloma á quien dirige
El fiero gavilan la torva vista.

Este pasaje es verdaderamente clásico, y ni el mas severo crítico hallaria un reproche justo que dirigirle.

Empéñase la lucha, la muerte esparce sus estragos, los combatientes se ostentan heróicos hasta que sucumben, y la corriente devastadora de la invasion, cual desbordado torrente, aniquila cuanto oponérsele pudiera. Las llamas se elevan hasta los cielos, caen desplomados los templos, y al caer ensordecen los campos, é infunden el pavor en el espíritu del indio supersticioso que ve consumarse tan horrendo sacrilegio sin que el rayo del cielo aniquile al impío profanador del suelo de sus mayores y del altar de sus dioses.

El antes valiente y temido Moctezuma se acobarda en breve, se mira prisionero; el audaz Cualpopoca espira entre las llamas; sucumbe el fuerte Quetloboca, y solo sobrevive á tanta ruina Guatimozin, aquel jóven esforzado, el hijo de la guerra, rival ilustre de Moctezuma,

Que llena con su nombre mar y tierra.

Pero es llegada la destruccion del americano imperio, ayer hermoso y floreciente, y el cuerpo ensangrentado, mejor diré, convertido en cenizas del último defensor del Anáhuac testifica que ha

terminado con la vida de aquel mártir que, ya en la hoguera, al escuchar las reconvenciones de algun compañero débil en presencia del suplicio exclamaba: «¿Estoy yo por ventura en un lecho de rosas?»

Opulenta cuidad que un tiempo dabas
La ley á cien naciones diferentes,
Y el destino futuro regulabas
De pueblos aguerridos y valientes
Opulenta ciudad que Moctezuma
Engrandeciera con afan intenso,
¿Qué resta ya de tu valor primero?
¿Qué resta ya de tu poder inmenso?
¿Qué resta ya de tu feliz memoria?
Fué tu explendor antiguo, fué tu gloria.

Así termina la sesta estrofa, y con ella la historia, permitidme así expresarlo, de la conquista. Duélese el poeta de tantos horrores, y no puede menos de exclamar apostrofando á la gran nacion, en la siguiente; que si no adoleciera de un defecto, comun en las obras de Alpuche, anotado antes, y que consiste en la superabundancia de voces asonantes, seria intachable:

A tan terrible golpe, ¡infausta suerte!
Huyó la Libertad, despavorida,
Llorosa, triste, exánime, sin vida,
Dejando solo asolacion y muerte.

El soldado invasor al cuello inerte
Del noble americano
Impuso airado con sangrienta mano
La coyunda fatal, la vil cadena,
Y á esclavitud perpetua lo condena.

Es decir, todo ha pasado ya!

A la alegría de aquellos tiempos en que los hijos del sol aun no hollaban el territorio mexicano, á los cánticos de placer han sucedido gemidos dolorosos, y aquel sordo crugir de las pesadas cadenas que arrastran los pobladores de Anáhuac. Tan espantosa y degradante condicion, enciende el fuego sagrado del patriotismo que al poeta anima y le hace prorumpir en estas bellas y atrevidas estrofas:

¿Para qué empinas la soberbia frente,
Escándalo del aire,
Ixtaxihual altísimo, trepando
A alzar al cielo tu nevada cumbre
Que dora el sol con su radiante lumbre?
Desplómate mas bien, cayendo encima
De esclavos viles y opresores fieros:
Desplómate, y termina
Tantos estragos con tu inmensa ruina.

Volcanes bramadores,
Antorchas esplendentes de los aires

Que los cielos llenais de resplandores,
Arrojad vuestras llamas devorantes
Para colmar los valles, y triunfantes,
Asolad, devorad tornando luego
La tierra esclavizada en mar de fuego,
En mar de fuego para ahogar los hombres.
Su vil codicia, sus odiosos nombres.

Seducido por la belleza de los pensamientos que encierran estos diez y ocho versos, no he querido hacer notar las faltas de que en lo relativo á la forma adolecen, y mucho mas porque ocasion para apuntarlos no habrá de faltarme, cuando para terminar el exámen del poema, señaladas ya sus principales bellezas, indique yo las incorrecciones que en mas de un sitio merecen justa censura.

Despues de impetrar así, con tan arrebatadora expresion, la venganza de esos colosos, que por su arrogante postura, por la magestad con que levantan su frente á la azul region, parece que debieran ser los guardadores fieles de la libertad de Anáhuac; al ver el poeta que impasibles permanecen, reconoce su impotencia, acalla los clamores de su cansado pecho y entrégase á la triste meditacion de los duelos de la patria, y se conturba al pensar que tan odiosa esclavitud pudiese ser eterna por no haber un pecho magnánimo que con varonil esfuerzo vengue tanta humillacion y tanta afrenta.

Mas súbito como celestial vision, contempla el poeta á un ministro de Dios en cuya frente blanquea la nieve de los años, con el semblante apoyado en la diestra mano:

Estátua inmóvil
A la vista parece; tiene fijos
Los ojos en la tierra, sumergido
En su meditacion. ¡Cuántos misterios
En éxtasis tan largo,
Contendrá ¡oh cielos! su pensar profundo!
Mas le miro salir de su letargo
Elevando la frente magestosa
Y con voz resonante y poderosa
Exclama LIBERTAD: el nuevo mundo
Oyó la exclamacion; la redoblaron
Los cóncavos del monte;
Las selvas murmuraron
LIBERTAD, LIBERTAD, y el horizonte
Con ecos tan magníficos llenaron;
Y el aire henchido con el grande acento
Resuena libertad el vago viento.

Un crítico ha creido hallar en los cinco últimos versos de esa estancia, *pensamientos harto oscuros por la falta de precision en las voces que usa* el poeta. Si á los dos últimos se refiriera la observacion, me pareceria fundada y justa, porque, es cierto que hay vaguedad en este dístico:

Y el aire henchido con el grande acento
Resuena LIBERTAD el vago viento.

Pero, ¿por qué decir lo mismo de los anteriores cuando no pueden encontrarse mas apropiadas frases para traducir aquellos pensamientos de que al exclamar LIBERTAD el anciano sacerdote, oyó el mundo nuevo la exclamacion, la redoblaron los cóncavos del monte, murmuraron las selvas tan mágica palabra, y el horizonte se llenó con tan magníficos ecos? No creo que esta estancia, que es la XI, aun notado ya el pequeño defecto que contiene, desmerezca en nada á las anteriores del poema que respira todo él una entonacion pindárica.

Ha sonado en los lábios del poeta el nombre de aquella cuyo culto llenaba su corazon ¿qué oportunidad mejor para dirigirle un apóstrofe sublime? No la desperdició Alpuche, y supo, al aprovecharla, emplear los recuerdos históricos que conservaba en su memoria, de los hechos gloriosos con que inmortalizaron su nombre, inspirados por la libertad, antiguos y modernos héroes á cuyo lado el mexicano igualaba su grandeza.

Esta pequeña muestra de erudicion de parte del poeta, no inoportuna, nos dice como, aunque reti-

rado de la civilizacion de las grandes ciudades, como ya le hemos visto, consagraba al estudio algunas horas, siquiera fuese al de la historia únicamente, para encontrar en sus sábias páginas grandiosos hechos con que asimilar los de los patrios caudillos, cuyas hazañas eran el favorito tema de todos sus cantos.

Pasemos á examinar la extancia XII, en que ya lanzado por el héroe del poema el libre grito, se conmueven los pueblos al escuchar aquella voz y al ver á su caudillo cual génio vengador en cuya mano flamea una espada de fuego, al revolver de sus centellantes ojos se arrojan al combate para alcanzar la victoria ó la muerte. Aquí, preciso es detenerse á escuchar al poeta, que inflamado por la inspiracion divina y por patriótico ardor dice á Hidalgo:

Génio sublime, yo tambien te sigo,
Condúceme tambien, iré contigo
A arrostrar los peligros, denodado.
Condúceme á vencer para que arranque
De mi frente abatida
De la opresion el degradante clavo,
O abandone en la lid mi triste vida
De escarnio tanto y de baldon cargada.

Solo al verdadero poeta está reservado trasladarse á los tiempos pasados ya, como queriendo, para tomar parte en lucha tan gloriosa, hacerles desandar el camino ya traspuesto. Y ¿cómo no sentir tan generoso anhelo, si

....el heroe ya, los riesgos afrontando,
Y conducido de un feliz destino
Va sus sienes de lauros adornando,
Va sembrando de triunfos el camino?

Alpuche le sigue, y por eso, de él acompañados, vemos rendirse á la soberbia y opulenta Guanajuato, la de los montes de oro, entregándose al vencedor; despues asistimos á la célebre batalla de las *Cruces* en que el insurgente mide sus armas con las aguerridas huestes de Trujillo, envuelto en polvo, en humo, en sangre y fuego. En este lugar, ocúltase de nuestras miradas por algun tiempo el héroe de Dolores; pero en breve le vemos aparecer otra vez con nuevo y esplendente brillo, dirigiéndose á la ciudad imperial, al frente del ejército libertador. Pero oigamos al poeta:

Mas terrible que un dios cuando se irrita
Se avanza á la cuidad que en otro tiempo
Fué habitacion de libres, y hoy de esclavos.
La vencedora espada al aire agita,

Y al levantar las poderosas manos
Retiembla la mansion de los tiranos.

Este personaje, que es mas temible que un dios irritado y que al agitar la espada vencedora y al levantar sus manos poderosas hace retemblar la mansion de los tiranos, es digno de aquel cantor que, ciego, recorre los pueblos de la Grecia, y en medio de las plazas cuenta los desastres ocasionados por la ligereza de la hermosa Elena. Es digno sí de tan alta gloria, y Alpuche, con homérica entonacion supo inmortalizar sus hechos, y con ellos su antes modesto nombre.

Al aproximarse Hidalgo, Venegas el déspota, y los lisonjeros que le rodean, se cubren de terror-se estremecen dominados por el espanto, y palidecen sus rostros. La hora de la venganza ha sonado; sobre las cabezas de los opresores está pendiente la espada del libertador; ya va á descargar su golpe.

Detiénese aquí el poeta; ¿por qué se detiene? ¿qué cuadro tan espantoso es el que contempla, cuando así la voz se anuda en su garganta?

Ah! razon sobrada, le hace enmudecer! Hidalgo ha sido hecho prisionero, y es imposible que el furor del tirano deje de cebar en él su execrable za-

ña. Búscale el poeta por todas partes y al fin le halla:

.....En un cadalso
De mortíferas balas traspasado
Su cuerpo venerable, y su vestido.
Con la sangre que vierte, enrojecido:
Caidos los brazos, y su frente augusta
Sin poder sostenerla el cuello inerte,
Cae sobre su pecho, dominada
Del peso inexorable de la muerte:
Sus miembros sin vigor, sin luz sus ojos,
Su corazon no late....

No necesitaba mas un artista para trasladar al lienzo el episodio doloroso del suplicio del anciano cura. La magnificencia del cuadro es suprema; pero es preciso aprovechar su mismo horror, para infundir nuevo aliento, mas heróico brío, á los que combaten por la mas santa y justa de las causas. Por eso continúa Alpuche:

.....Americanos,
Ved los tristes y míseros despojos
Que os dejaron de Hidalgo los tiranos.

Les recuerda aquellos tiempos tranquilos en que el párroco de Dolores elevaba su oracion en los altares por la salud de los hombres, y abandonando despues su pacífica morada se pone al

frente de los que, como él, quieren ver libre á la patria de Moctezuma y Guatimoc, hasta que vierte en un cadalso, no gota á gota sino á torrentes, la sangre de sus venas que humea al caer:

.....Pero no en vano
Que esa inocente sangre que ha vertido
La cruel atrocidad, y el torpe dolo,
Fecundará los senos de la tierra,
Y de ella brotarán los vengadores
Que hagan tronar desde el Darien al polo
Los ecos espantosos de la guerra;
Y á su aspecto terrible, á sus acentos
Sacudirá la tierra sus simientos,
Y caerá con estrépido el coloso
Del poder español, que levantaba
Su terrífica frente entre las nubes
Y á la *América* triste, dominaba.
Sobre su ruina elevarase entonces
Un bello monumento en que se inscriba
Con letras dignas de tan alta gloria:
Hidalgo fué quien libertó á la patria
Y la patria eterniza su memoria.

Así termina dignamente el poema, sin que su robusta entonacion decaiga un momento solo, en los trescientos veintitres versos de que se compone.

Yo sé, porque así asegúranlo los editores de la coleccion de que me valgo ahora para escribir es-

te imperfecto ensayo, que el cubano poeta Heredia, de quien he hablado ya, y de quien tendré ocasion de volver á ocuparme en el curso de este escrito, escribió un juicio acerca del poema de Alpuche, haciéndole tanto honor cual la obra merecia. Pero ni el ejemplar se conserva de tan preciado documento, ni aun los mismos editores poseerlo alcanzaron, siendo infructuosas las pesquisas que para conseguirlo hicieron.

Lamentable desgracia es en verdad, pero consuélese el lector benigno, puesto que el poema existe y sus resplandores brillantes lo denuncian á los que ansian apurar los tesoros que enciérranse en él.

Natural es, conocida la escasa educacion literaria del autor, que adolezca la obra de algunos defectos inalienables tambien á todo humano trabajo. Así, con frecuencia deplorarán los exigentes observadores de las reglas métricas, el uso inmoderado de palabras asonantes entre sí, mezcladas sin reparo en los finales de verso, con otras en que se observa rima forzosa; y aun la acumulacion de ellas en un solo verso, hiriendo á un oido delicado.

¿Pero qué importan descuidos tan ligeros, si tal vez así el poeta expresó mas claramente un pen-

miento brillante sin debilitarlo al rebuscar frases para decirlo de mas pulcro modo? ¿Cómo pretender con tan nimias exigencias sujetar el vuelo de esa águila atrevida que se lanza á los espacios en alas de una imaginacion portentosa? Dejad, pues, libre paso al que llama á las puertas de la gloria sin el temor trivial de que se le niegue allí el puesto reservado al génio, por haber cometido *la grave culpa* de emplear alguna vez un giro vulgar, ó una frase comun en el popular lenguaje.

No, no seré yo ciertamente, quien aquí señale alguna incorreccion de tu hermoso poema, Alpuche inmortal. Apártense en hora buena de imitar tus descuidos, los que en tus obras hallen celestial deleite; mi voz débil no servirá sino para señalarles tu luminosa huella, porque conduce á la inmortalidad y á la gloria.

Pero si es cierto que poco acertada accion habia de aparecer la mia, deteniéndome á juzgar frase por frase el poema «*Hidalgo*,» no lo es menos que faltaria al deber que me he impuesto de hacer notorias sus buenas cualidades. Examinemosle pues en su idea ya que no en su forma.

Feliz y acertado anduvo, sin duda, el poeta en la eleccion del tema de su canto. Para comprenderlo, será bastante abrir las páginas de nuestra

historia, pues en ellas, como astro esplendoroso, resplandece la colosal y sublime figura del venerable cura de Dolores, caudillo y mártir de una guerra que no por menos bien descrita hasta los dias que alcanzamos, deja de ofrecer abundantísimo material para epopeyas grandiosas. ¿Qué mejor lugar que el que hoy el acaso me ofrece, para consagrar merecido tributo de santa recordacion, al padre de nuestra libertad?

Rodeado de todos los bienes que constituir pudieran la felicidad de un hombre, cuyas pasiones habia calmado el tiempo que todo lo aniquila, menos el santo amor á la libertad y á la virtud, encontramos á D. Miguel Hidalgo y Costilla, amado de sus feligreses que escuchaban su voz como del cielo; contribuyendo á la paz y doméstica felicidad de su pueblo, mejor diré, de su gran familia; fomentando la agricultura y la industria, y todo eso sin dejar en olvido las obligaciones que su sacerdotal mision le imponia, detiénese una vez á considerar la abyeccion en que la patria se encuentra hundida; duélese de la esclavitud que con aparente calma y resignacion sobrelleva el mexicano pueblo; resuenan en su oido los lamentos del indio azotado por amo cruel; ve las lágrimas que vierten los envilecidos descendientes del indomable az-

teca al entregar al encomendero ambicioso la mayor parte del fruto de un trabajo que no basta á satisfacer el hambre de una esposa tierna y de hijos adorados; recuerda el brío y la constancia tenaz del mexicano presentando el pecho desnudo como dique al paso del conquistador; comprende que los años sobradas lecciones le han dado para conocer los resortes que tocar debe quien á su voz pretende levantar á todo un pueblo y conducirlo á la victoria y á la conquista de sus libertades. Se abisma en tan hondos pensamientos, y al dirigir una mirada al trono de los reyes españoles, lo encuentra débil, casi imponente para sofocar á tan gran distancia una rebelion cuyo fuego, como la llama de voraz incendio, habia de extenderse por todas partes, de un ámbito á otro, con vertiginosa y eléctrica rapidez. Entonces, inspirado acaso por los manes de las víctimas sacrificadas con crueldad impía en las hogueras del conquistador ó de los fieros inquisidores, concibe un pensamiento grandioso, que, realizado, daria libertad á la patria y gloria imperecedera al que ejecutarlo osase.

No la muerte que con amenazadora faz se le presentaba, no el cadalso ignominioso, no el temor de las excomuniones que la iglesia habia de for-

mular contra él; nada de eso le arredra, y marcha impávido al combate, y de pacífico ministro del altar tórnase en esforzado guerrero, desafía la muerte y la recibe por último pisando con estóica serenidad las gradas del patíbulo, empleando la sombría noche que precede á la ejecucion, en componer versos que revelarian despues la gratitud de aquel noble corazon hácia sus carceleros, por que no le ultrajaron. Hé aquí reducida á mínimo espacio la vida del héroe del poema de Alpuche. ¿No es verdad que tan hermosa figura, para el poeta ó para el historiador, es en alto grado digna de todo encarecimiento?

El guerrero no hallará en Hidalgo el gefe instruido y práctico en el arte militar, y atraerá mas sus miradas Morelos; el político apreciará mas el génio organizador de Rayon; pero nadie que sienta latir en su pecho un corazon mexicano dejará de tributar merecido honor al primero que levantò la voz para derribar el trono; ninguno por mas que invoque en su auxilio la historia de los desórdenes que las informes huestes insurgentes cometieran, podrá ofuscar gloria tan brillante. ¿No vemos ahora, cuando la civilizacion ha hecho oir su voz en la mayor parte del mundo conocido, cometer abusos sin cuento, crímenes sin nombre en

las frecuentes luchas de los pueblos, no ya contra los extraños, sino contra sus hermanos mismos?

Consideracion ninguna basta á rebajar el mérito de Hidalgo; en él miro al genio de la libertad; para mí es el arquitecto que con mano maestra traza el plano del soberbio palacio cuyos muros desafiarán edades y generaciones, ¿qué me importa el alarife que ejecutara una obra no concebida por él mismo? Los servicios de los que detrás de Hidalgo vinieron, me recuerdan á aquellos traductores que se engalanan con agenos pensamientos; jamás la gloria del traductor, si caberle puede gloria alguna, igualará á la del que concibe y crea.

Pues bien, tan alta gloria como la que Hidalgo, *el adalid primero*, como le nombra al paso Quintana Roo en su Oda á la Independencia, no habia sido cantada con la gran magnificencia con que Alpuche vino á hacerlo. Quintana Roo mismo, de quien acabo de hablar, relacionado íntimamente con el caudillo de Dolores, conocedor de la superioridad y grandeza del héroe, ¿consagrole acaso determinado fruto de su cultivada inteligencia en clásicas y magníficas estancias como lo eran las suyas? Sanchez de Tagle, uno de los poetas cantores épicos de nuestra emancipacion gloriosa, seducido por el faustoso brillo y aparato de que Itur-

bide se rodeaba, ¿no le dió la preferencia al antes soldado realista? ¿Cantó acaso á Hidalgo con el ensiasmo y el fuego que desplegar queria para enaltecer á aquel mismo que al estallar la rebelion insurgente, peleó no ya digo con valor, con encarnizamiento cruel para sofocarla? Ochoa, en su oda en el Grito de la Independencia, ¿no habla de Victoria y de Guerrero, de otros héroes, del que formó el plan de Iguala, sin consagrar merecida recordacion al verdadero personaje del canto que elevaba? ¿Por qué Victoria, Guerrero é Iturbide que al grito de Dolores no estuvieron presentes, por mas que, trascurrido el tiempo tan grandes se hubiesen manifestado, habian de alcanzar la gloria que á solo Hidalgo corresponde en el episodio que el poeta quiso celebrar?

Si con la calma que para ello se necesita y dando mas extension que la que debe tener, á este ensayo, pretendiera recorrer una á una las poesías consagradas á la Independencia, veríais usurpada la gloria que por legítimo derecho á Hidalgo corresponde. Iturbide ¿es acaso en la conciencia hoy desapasionada de nuestro pueblo, el afortunado caudillo á quien concederse debe la palma de la gloria, y el incienso de los corazones, y el canto de la gratitud?

Para opinar de tan errada manera necesitaríase cubrir con espeso velo, borrar las páginas sangrientas en que la historia nos enseña al que despues fué asesinado en Padilla, dando la muerte á los primeros soldados de la libertad mexicana. Ardiente, incansable perseguidor de las huestes patriotas, le vemos conquistar grado á grado los brillantes oropeles que ostentara su uniforme, y téngase en cuenta, que rabioso, inícuo el dominador si á un criollo concedia tales honores, era porque se habia distinguido entre los que sofocar querian el aliento generoso y noble de un pueblo que anhelaba ser libre. Abrumado Iturbide con el peso de sus victorias, aduérmese una vez, y ambicion tentadora le muestra en su sueño un trono rodeado de riquezas y medio envuelto entre el humo de las lisonjas cortesanas. México entera ansía su libertad y sucumbirá primero que abandonar la ya comenzada lucha. El gefe realista con fútiles pretestos abandona sus filas, deserta, y pásase al lado de los que desde el primer instante amaron la libertad.

Generosos estos, dan á olvido los crímenes del valiente que pretende cobijarse con la bandera ó lábaro santo de Hidalgo, y, soldado afortunado, encadena á la victoria por algun tiempo, y se rea-

piza el generoso anhelo de la patria de Guatimoc. Muy pronto, la ambicion del nuevo caudillo arroja la máscara al suelo, y sube las gradas de un trono frágil..... ¿Para qué continuar? A mi intento basta que el benévolo lector de estos renglones, llevado solo de un amor puro á la verdad, se diga alla en su corazon, si la gloria de Hidalgo puede ser ofuscada por la de Iturbide. Y diga tambien, si Sanchez de Tagle, Ortega, Ochoa y algun otro que hubiese hecho sonar en su lira las épicas notas, entre los de esa generacion contemporánea puede decirse, de Alpuche, sin escluir á Quintana Roo, rindieron como el poeta tijosucano, el tributo que la memoria del mártir merecia.

Prescindiendo ahora de las consideraciones acabadas de esponer, me atreveria á decir que acaso ninguno de los poetas mencionados entonó, como ha dicho muy bien un escritor, estancias mas llenas de majestuosa grandeza, ni silvas tan rotundas y sonoras como las de Alpuche. Arrebatado por la sublime inspiracion patriótica, habrá conculcado algunas veces las reglas del arte, como ya sin pasion he confesado yo mismo; pero de la misma manera con que al héroe de su poema que ha dado márgen á estas observaciones, nadie podrá arrebatar la gloria de haber sido el primero en la epope—

ya de la independencia de este suelo, así tambien habrá que conceder siempre á su primer cantor la gloria de haber sido grato y justo para con el padre de la libertad mexicana.

No es el poema «*Hidalgo*» la única patriótica poesía que Alpuche nos legó. Dos odas intituladas «*Grito de Dolores*» y «*La Independencia*,» unas cuartetas sonoras «*Al suplicio de Morelos*, en dos breves poesías á la memoria de D. Miguel Barragan, encuéntrase en la coleccion que examine.

No haré el análisis de ellas con la extension que he juzgado conveniente al hablar del poema; pero sí haré notar que encierran bellezas en que deben fijarse los amantes de la buena poesía.

De qué figuras tan hermosas está sembrada la primera, al «*Grito de Dolores!*

Escuchad, escuchad con que valiente entonacion comienza:

De la opresion el ominoso imperio
Que á un pueblo tiraniza,
Solo durar podrá si el pueblo inerte,
La cerviz inclinando al cautiverio
Digno se muestra de sufrir su suerte;
Mas si encendido de furor el pecho
Osa agitar los vigorosos brazos,
Al instante los hierros á pedazos
Caen: la tiranía

Cual paja por el fuego devorada,
Súbito desaparece,
Y la alma libertad del rayo armada
Sobre un trono de gloria resplandece.

En seguida, pinta la fuerza incontrastable de la diosa; recuerda el hundimiento del trono de Tarquino en el Tibre, y nos señala á la vecina república del Norte sacudiendo el yugo de la orgullosa Albion; comparando tan grandiosos hechos con el de la patria que ardiendo en ira grita: ¡libertad! y continúa:

Cual rueda despeñado
De monte en monte con horror profundo
El trueno bramador, y aterra el mundo,
Así el clamor sagrado
Que la patria lanzó, retumba airado,
Tremendo se difunde
Por los pueblos y campos mexicanos
Y estremece y conturba á los tiranos.

¿Cómo el que tan ardiente admiracion sentia por el *primero* de los héroes, habia de dejarlo en injusto olvido? La figura radiosa de Hidalgo aparece en la estancia III con todo el brillante atavío de que la imaginacion del poeta sabia revestir sus cuadros. Tan animado y palpitante es este, que nos parece ver agitarse á todo un pueblo que se

agrupa al derredor del anciano de Dolores, con los semblantes animados por el fuego heróico del patriotismo, y llegar á derribar el trono como oleadas de un mar que amenaza sepultar en sus abismos el poder que tres siglos respetaran.

Alpuche, que se traslada á la escena que describe, dirige su voz á los insurgentes animándolos á entrar al combate, porque la victoria los llama, y como si aquellos acentos no bastasen les dice así:

.....¿Quién al torrente
Resistirá de un pueblo enfurecido
Que hirviendo en sed de sangre y de venganza
Al campo de la gloria se abalanza
A vencer ó morir? La lava ardiente
Si una vez del volcan se ha despeñado,
¿Quién pone dique á su voraz corriente?
Arboles, rocas, muros y ciudades
Abruma y aniquila, y victoriosa
Al mar lleva la frente pavorosa.

Aquí no solo hay que admirar grandeza, elevacion y cuanto de hermoso pudiera exigirse al mas afamado poeta; aquí se vé á Alpuche manejando con exquisito gusto y especial tino las *cesuras* que tanto contribuyen á dar á la *silva* ese carácter elevado que la hace adecuada á los asuntos heróicos.

Este canto homérico, revela que el poeta yucateco se sentia inflamado al escribir sus odas, por una inspiracion que no á todos es dado llegar á poseer. No es el poeta que canta en el aniversario de los dias de la patria, de *órden suprema*, como ha dicho Guillermo Prieto, burlándose de la frialdad de los que admiran á los héroes en dia dado y por encargo de una junta patriótica. No están rebuscadas las ideas, no están pulidas las estancias, como para merecer la aprobacion de una academia compuesta de ancianos gramáticos ó prosistas, no; es la expresion espontánea de los sentimientos que en el corazon rebozan; son copias de la naturaleza sorprendida en sus instantes mas hermosos.

Por eso cuando leemos en esta oda:

Mirad, mirad, las haces españolas
En las *Cruces* huir acobardadas
Como débiles olas
Del Aquilon furioso atropelladas.
Las sigue, las alcanza, las comprime
La vencedora hueste acaudillada
Por Hidalgo inmortal.....

nos parece que en realidad presenciamos una de las batallas sin cuento que libraran los insurgentes,

antes del definitivo triunfo de las armas nacionales.

Alpuche en presencia de tan olimpica gloria, no puede menos que ambicionar unir su nombre al de aquel que pasará á remotas generaciones; por eso los veintiocho versos finales están consagrados á revelar ya no solo la sublime accion de Hidalgo, sino tanbien el anhelo que el corazon del poeta abriga. Mezcla aquí su nombre; ¿podrá tacharse de presuntuoso y vano al cantor, por este rasgo? No; que almas como la suya si conciben una idea ambiciosa, son grandes y admirables en su ambicion misma. Ademas de que con fino modo confieza su anhelo y deja entrever cuanta es y cuán digna su modestia.

No desdice de la anterior la que se intitula «*La Independencia.*» Parece difícil que un mismo tema pudiese proporcionar nuevos y siempre grandiosos pensamientos al poeta. Pero es un hecho: allí están sus inmortales cantos; leedlos y le hallareis siempre elevado, siempre á la altura del hecho que celebra. Hidalgo, su ídolo, vuelve á presentarse á vuestra vista tomando cada vez su noble figura, mas colosales proporciones. ¡Poder del genio que todo lo avasalla! Franklin encade-

na el rayo que arrebata á las nubes; Alpuche detiene á su lado la inspiracion del cielo.

Escuchadlo si no en la estancia IV de esta oda soberbia:

Dadme la lira que pulsó Tirteo,
Dádmela al punto, y me vereis cual rayo
Correr, volar, y recorrer los llanos,
Los bosques y las selvas y montañas
Do habitan los valientes mexicanos,
Y mi robusta voz en fieros tonos
Mirareis con impulso irresistible
Romper los cetros, derribar los tronos.

La inspiracion eleva su espíritu, y mira ante sí abiertas de par en par las puertas del porvenir. Contempla los hechos todos que mas tarde habria de realizar el varonil esfuerzo de los héroes,

De los fastos de México arrancando
El nombre exclavizante de los reyes.

Mira el apoteosis de los que tal lograron, sin echar en olvido aquella figura grandiosa del caudillo suriano, del invencible Guerrero. Leido como habia en el misterioso libro del porvenir, en un arranque de imponderable efecto, revela su vision y con potente voz anima al combate á los libres. ¿Qué importan los obstáculos que los esbirros que el tira-

no habrá de acumular para detener el curso de las salvadoras legiones, cuando

En vano negras nubes se amontonan
A oscurecer al sol: el sol radiante
Al esparcir su ardiente cabellera,
Las nubes aniquila, y entre tanto
Sigue radiante su inmortal carrera?

Así, con magnífico sello, da Alpuche por terminada su oda, y no continúo yo haciendo de ella otras recomendaciones mas que las expuestas, porque no se me acuse de pródigo en elogios; aunque bien merecidos los tiene el cantor de Hidalgo, que descendió á la tumba siete años antes que el autor de este ensayo viese la luz primera; suficiente razon para que nadie atreverse pueda á atribuir á innobles miras mis palabras.

Pocas composiciones del mexicano parnaso podrán reunir en tan corto número de versos, con tan poca pretension, las filosóficas ideas, las bien acordadas notas y la patriótica inspiracion de la brevísima poesía de Alpuche «*Al suplicio de Morelos.*»

Arma poderosa de los tiranos el cadalso, para que la amenaza de la afrenta ignominiosa que él imprime sirva para sofocar los impulsos mas gene-

rosos de los bien templados corazones, con crueldad la han esgrimido, y ¡necia preocupacion! manchados con imborrable tinta hase reputado á los inocentes sobre cuya estirpe arrojaran tan negra nota los tiranos. Durante siglos enteros la humillacion ha sido preferida á la muerte de manos de un verdugo; pero ¡oh regeneracion gloriosa! al atravesar los mundos y conmover las sociedades la idea santa de la libertad y del progreso, el cadalso, purificado con la sangre de mil mártires, se ha convertido en pedestal de imperecedero monumento, en templo grandioso que los siglos respetan. Infama hasta el presente al criminal á quien allí conduce el severo brazo de la justicia; pero ennoblece é inmortaliza al que desafiando el poder de los tiranos eleva su voz y pretende derribar los tronos.

Hé aquí el gran pensamiento que domina en el «*Suplicio de Morelos.*» ¿Quién ignora que el improvisado guerrero, llena con su nombre y con sus victorias las mas esplendentes páginas de nuestra historia? ¿Quién no sabe que en él se personifica el génio, el valor, el indomable brío del insurgente, cuyos hechos recoge ávido un pueblo que se enorgullece de haberlo contado en el número de sus hijos?

Alpuche que, guiado por la razon severa, por la justicia inviolable, conduce al cielo de la inmortalidad en alas de su génio á los verdaderos apóstoles y caudillos mexicanos, no olvidó, ni pudiera haberlo olvidado, al gran Morelos.

Por eso al referir el suplicio á que los opresores le condenaron, le engrandece y eleva; proclama las sublimes ideas de nuestro siglo acerca del cadalso, y promete que la sangre de Morelos será vengada con furor.

Breve es, lo repito, este canto; pero grande en el pensamiento y hermoso en la expresion. ¿Qué mas pudiera apetecerse?

En nuevo teatro encontramos á nuestro autor al llegar á este punto, y pláceme por cierto, lector amigo, poder brindarte una tregua á los estudios literarios en que con mas bondad que justicia me habrás seguido hasta aquí. Sin sujetarme al riguroso método de examinar las obras de Alpuche, segun sus fechas, parecióme mas conveniente consagrar determinada parte de este ensayo á cada uno de los géneros cultivados por el tijosucano, dando preferente colocacion al patriótico, porque como probar he intentado, en él, mas que en ningun otro, sobresalió Alpuche.

Natural era que el impetuoso carácter, que el

bien templado patriotismo de Alpuche le condujera á la resbaladiza pendiente de la política, la voluble diosa que si una vez nos sonrié nos aprisiona en sus redes, por mas que los sinsabores y desengaños que causa sean mas grandes, y con mucho, que las glorias que brinda.

Pero, ¿cómo dejar de tener fé viva y ardiente en las instituciones acabadas de conquistar, cuando ni el voto público era falseado con cinismo por autoridades sin pudor, cuando al mérito concedíasele la preeminencia ó supremacía que la razon manda concederle? ¿Cómo no alimentar en el pecho esperanzas generosas y concebir pensamientos grandes que al realizarse conducirian á seguro puerto la vacilante nave del Estado que comenzaba á dar al viento sus turgentes velas, todavía no manchada con la saliva asquerosa de los mercaderes políticos?

Labrador honrado á quien sus sementeras producian bastante para llenar las necesidades de su modesto hogar, Alpuche no se presentaba sediento de medrar en los públicos oficios, ni de vagar con mengua de una dignidad que algunos dijeren orgullo, en las antesalas de los magnates. No; mas nobles proyectos le impulsaban, y posible no hubiera sido lo contrario en quien habia hecho con

la sátira *A un Juez*, ya conocida, arrojando á la faz de los malos gobernantes, la mas vehemente de las acusaciones.

Marca la época de su aparicion en la política escena un suceso que ligeramente voy á referir.

Allá por el año de 1834, abandonando Alpuche su retiro pacífico situado, como ya hemos visto, en las risueñas comarcas de Tihosuco, dirigiose á Mérida, capital entonces de toda la península yucateca, para asuntos enteramente personales.

Por aquellos dias, se preparaban los pueblos todos del departamento á celebrar de la manera mas digna que posible les fuese, el aniversario de la proclamacion de nuestra santa independencia. Mérida, de cuyas prensas habian salido las soberbias y magníficas poesías de Alpuche para atravesar enmedio del universal aplauso, no ignoraba la presencia del cantor, ni hubiera prescindido de escucharle unn vez mas. Acercóse una comision á invitarle cortesmente, y ¿cómo rehusar quien solo tenia notas en su lira y latidos en su corazon, para la patria y para sus héroes? Alpuche aceptó; y el 16 de Setiembre de aquel año, un pueblo numeroso aguardaba con impaciencia el momento en que la voz del poeta de Tihosuco habia de conmover los corazones. Nutrido y prolongado aplauso salu-

dó al orador en el instante en que su gallarda figura apareció en la tribuna patriótica. Precedíale la fama que ya por aquellos dias tenia conquistada, y prevenia mucho en su favor al auditorio la arrogante presencia de Alpuche. Jóven, de ojos claros, cuya expresiva mirada revelaba el fuego del corazon, de rubios cabellos y formas proporcionadas; vestido con aliño, no hubiera podido reconocer el pueblo en él al labrador que acababa de separarse de sus bosques nativos. Ah! quién hubiera podido contemplar el hermoso cuadro que presentaba aquel 16 de Setiembre en que la gran plaza de la Constitucion de Mérida estaba henchida de un pueblo numeroso, alborozado y feliz porque no habia en su cielo las negras y sanguíneas nubes que mas tarde el humo del incendio y el vapor de la sangre habia de subir á entristecer! Quién hubiera contemplado á las gentiles hijas de Mérida fijando sus ardientes pupilas en el simpático orador de aquella festividad, encendiéndose sus aperladas mejillas al encontrarse sus miradas con las del apuesto y arrogante trovador!.....

Si la magestuosa elocuencia de la cívica oracion de Alpuche, en que brillaban las imágenes mas sublimes, las frases mas arrebatadoras, no hubiese satisfecho un tanto las esperanzas de aquel pue-

blo, un suceso poco favorable hubiera coronado la obra.

Habian concurrido creyendo escuchar una nueva oda pindárica; querian seguir al génio al remontarse en sus alas á las regiones del infinito, y deleitarse con las rotundas estancias armónicas, ricas y deliciosas flores poéticas de un canto como solo Alpuche sabia entonarlo, y hallaron un discurso en elegante y elevado lenguaje es verdad; pero cuando se ha consentido en una cosa, ¿no es verdad que desespera verse contrariado?

Sin embargo, al talento está reservado imponerse á las masas con irresistible poder, y Alpuche descendió de la tribuna entre el estruendo del mas expontáneo y sincero aplauso.

Acrecentóse la fama de que ya gozaba, y poco tiempo despues el voto público concediole un puesto en la legislatura del Estado. Fácil es comprender que Alpuche en el seno de la representacion del Estado no desempeñó el degradante y envilecido papel de los diputados de los pequeños congresos compuestos, las mas veces, de ignorantes y torpes ciudadanos que sin la conciencia de su mision no concurren sino á cumplimentar las órdenes del poder de que son asalariados. No cabia en la dignidad del poeta tan mezquino carácter, y su-

po conducirse como no podia menos que esperarse de un hombre de talento superior.

Mas tarde, terminadas ya sus tareas legislativas, el pueblo concediole mas elevado y distinguido carácter eligiéndole para representante en el Congreso general de la Nacion. Y téngase en cuenta que en aquella época Yucatan que contaba entre sus hijos á un D. Andrés Quintana Roo, honra y prez de la literatura y del periodismo nacional; á un D. Lorenzo de Zavala cuyo asombroso talento le condujo á extraviada senda una vez despertadas en él las pasiones inherentes á la carrera política; á un D. Manuel Crescencio Rejon, elocuente orador, y entendido ministro; y á otros que como los anteriores hubieran sido un timbre de gloria para cualquier pueblo ilustrado. Entonces Yucatan honraba mas que al presente, ¿por ué no confesarlo? al saber y al verdadero mérito; porque aun no habian surgido esas revoluciones que tantos males han causado, y el torbellino político no habia levantado la escoria de aquella sociedad para arrojarla á la cara de los hombres honrados y de las ilustraciones de aquel desventurado suelo. Los años han traido en su curso nuevos hombres y nuevos hechos, y mas de una vez los yucatecos han sentido rubor al considerar cuán en poco se ha

tenido en cuenta la dignidad y el buen nombre del Estado.

El diputado yucateco, llegó á México. Detengámonos á contemplarle un momento acariciando todo ese enjambre de doradas ilusiones que un jóven de provincia trae al nuevo y vastísimo teatro que la capital de la nacion le ofrece.

Da la distancia proporciones que las cosas en realidad no tienen; así ciertos hombres á quien la fama pública nos ha dado á conocer desde lejos, nos parecen pequeños cuando llegada la ocasion podemos frente á frente contemplarlos. Tal sucede á la mayor parte de los jóvenes nacidos en las pequeñas poblaciones, que aspiran la realizacion del mas seductor de sus ensueños: ver las grandes capitales y disfrutar de todos sus encantos, de todas sus perfecciones. El tiempo, insigne descubridor de verdades, está encargado de desvanecer con crueldad esos ensueños, y entonces, como Juan de Timoneda despues de tratar á los reyes y á los cortesanos, exclaman *hombres como los demás!* cuando no la fuerza misma del desengaño los empequeñece tanto que aparecen pigmeos los que juzgáranse gigantes.

Alpuche al pisar los umbrales de la ciudad azteza, no pudo librarse del general contagio; soñó,

y de imaginacion ardiente como era, dió á los hombres y á las cosas colosales formas que en realidad no tenian; pero á poco iluminado por la luz clara de su privilegiada inteligencia contempló todas las miserias, toda la pequeñez y toda la lepra que bajo espléndidos trages encubria la cortesana Tenoxtitlan.

Pero aunque las ilusiones que en Tihosuco acariciara, se habian disipado en su mayor parte, no por eso dejó de lanzarse con ánimo decidido en busca de aquello que México pudiese encerrar de bueno; pues los pueblos, como los libros, tienen siempre bondades que nadie puede dejar de admirar y tomar como útil norma para lo futuro.

Ya tenemos al provinciano abriéndose paso á la nueva sociedad en que tenia que vivir. No bastaron los recuerdos de Quintana Roo y de Zavala, de Rejon y de otros que habian anteriormente ocupado anteriormente los escaños nacionales, para preservar á Alpuche de sufrir los tiros de la orgullosa poblacion, que envanecida con haberle tocado en suerte, ser la cabeza, aunque no el corazon de la mexicana república, mira con refinado desden al que se le presenta sin la ostentacion que ella despliega y sin los falsos oropeles que tanto la seducen. Y en aquellos años en que tan poco

frecuentes eran las comunicaciones entre México y la península de Yucatan, no es extraño que fuese todavía mas riguroso el exámen y mas sangrienta la burla que sufria el que de tan remotas tierras venia á la ciudad cortesana. Habráse sin duda atribuido al tijosucano la *nécia presuncion* de figurar aquí en superior esfera, y *atraer* sobre sí todas las miradas, no siendo así sino que nadie consagra una mirada sola al que en breve ha de sufrir el mas cruel de los desengaños. Este lenguaje que aun en dias de mayor ilustracion como los que alcanzamos, no está desterrado del todo de esta sociedad las mas veces ligera y apasionada, era muy comun hace no muchos años todavía.

Pero Alpuche no venia á llamar á las puertas de los palacios de los ricos, ni á demandar una mirada á las orgullosas ricas hembras que con oro en sus arcas, pero sin virtudes en el corazon, sin inteligencia que pueda avasallar una voluntad, aparecian á los ojos del poeta, en su mayor parte, como esa ave de tan vistoso plumaje en que los fabulistas han simbolizado la vanidad unida á la ignorancia, aunque encubiertas con magnífico atavío.

Alpuche venia á llenar su mision de representante del pueblo en que habia nacido, y á buscar

la luz de la ciencia que atesoraban los que aquí, con mayores elementos de todo género, habian podido cultivar la inteligencia que al Creador plugo concederles. Para esto Alpuche no necesitaba los favores de los poderosos, ni humillar ante nadie aquella frente despejada en que irradiaba, como en sus ojos, el talento, al mismo tiempo que denunciaban un corazon fogoso y apasionado; por que parece que el saber se ha refugiado en los mismos á quienes la sociedad tiene que respetar despues en castigo de su anterior abandono y desprecio.

En breve Alpuche, y esto pasaba en el año 1836, estaba relacionado con la juventud ilustrada de México. El por su parte consagraba las horas que las parlamentarias tareas le dejaban libre, en incesante estudio para conocer los modelos que en los grandes hombres del siglo de Luis XIV se hallan. Mas propio y adecuado á su carácter volcánico el que la literatura francesa reboza, atrajo con invencible poder á nuestro poeta, haciéndole preferir aquellas galas de la imaginacion, aquel *esprit* que envuelven, muchas veces, falsas ó poco sublimes y profundas ideas, al estudio grave de las obras de la patria de Sekeaspeare y de Milton, ó la grandiosas figuras de Gohett y de Schiller. Pe

ro mal podian avenirse con el genio del poeta otros autores mas que aquellos que hacian hervir la sangre de sus venas, que le conmovian ú ofuscaban, sin que el pretendiese sacudir su yugo.

Empero si la francesa literatura le encantaba, si Víctor Hugo y Lamartine eran sus autores favoritos entre los modernos, no por eso dió á olvido, en cuanto á la forma pura, á Fray Luis de Leon y á Garcilaso. Así, aunque no faltarán otros yerros de que acusarse pueda á Alpuche, jamás podrá decirse que mezcló á los elegantes giros de nuestra sonora lengua los que son peculiares á la patria de Corneille y de Racine. Recorred sus poesías todas, las que en México diera á luz y las que antes habia publicado en Yucatan, y hallareis que el poeta no llevó su entusiasta admiracion hasta imitar los giros de los extranjeros idiomas.

D. José Joaquin Pesado cuya vasta instruccion y talento no osaré poner en duda; pero cuyas obras en mi humilde juicio se resienten de su exajerada aficion á la literatura italiana, hasta el grado de poderse pobrar que la mayor parte de ellas se compone de poesías traducidas ó imitadas del parnaso italiano, hermoso sí por contar á un Dante, á un Petrarca, á un Tasso, á un Manzoni, y á tantos otros príncipes de las letras, cuyas obras ha

respetado la destructora mano del tiempo; D. Manuel Carpio que desdeñando las inagotables bellezas de la patria y la grandeza de sus héroes, fué á buscar inspiracion en los sagrados libros; D. Guillermo Prieto el popular cantor que sobreponiéndose á las preocupaciones literarias y políticas de aquel tiempo echaba los cimientos de una literatura esencialmente nacional, ora cantando las costumbres de nuestro pueblo en fáciles romances, ora elevando su imaginacion ardiente al cielo de los libertadores y en odas brillantes celebrando sus hazañas; D. José María Heredia, cubano de nacimiento, pero unido con los mexicanos por los lazos de una amistad contraida en los dias amargos del ostracismo, y que, imitador como Alpuche del gran D. Manuel José Quintana, hacia resonar los ecos de su pindárica lira; estos y otros de que seria fácil hacer recordacion, fundaron por aquellos dias, y teniendo á su lado al yucateco, una *Academia*, para el mutuo exámen de sus obras y el estudio de los buenos autores. ¡Cuánta no seria la plácida satisfaccion de Alpuche al ver realizarse así una de las mas seductoras esperanzas que al atravesar las soledades del Oceano en la nave que le conducia á México, henchian su corazon sediento de saber y de gloria!

Fruto de aquella Academia, fué el libro intitulado *Año nuevo*, que se componia de varias piezas literarias de los miembros de aquella asociacion y que apareció el dia 1º de Enero de 1837. Aquel libro que, destituido de grandes pretensiones literarias, y solo como ofrenda al bello sexo mexicano, se presentaba á la pública arena, dió ocasion al Conde de la Cortina para ostentar sus conocimientos filológicos, cebándose con inusitada crueldad en desgarrar con el escalpelo de su reverísima crítica, los ensayos de una juventud que necesitaba estímulo para continuar en el camino que mas tarde habia de conducirle á una fama que será mas duradera y mas brillante que la de aquellos que pretenden desalentarla con sus agrios reproches. Detúvose el Aristarco con nimia escrupulosidad en señalar no ya digo las faltas ortográficas, prosódicas é ideólogicas de las poesías del *Año nuevo*, sino que no conforme, avanzó hasta aquellas que visiblemente provenian de errores tipográficos. Acre y destempledamente las censura en tono magistral, y como quien tenia el conocimiento de una ciencia indisputable.

Sin remontarse á mas elevadas consideraciones, con Hermosilla en una mano y con la intolerancia mas refinada en el corazon, trituró el conde la ma-

yor parte de las poesías. Alpuche fué una de las víctimas. Su composicion intitulada *Moctezuma*, que es defectuosa en realidad, prestó al crítico materia para desahogar su bílis magistral contra quien así atropellaba las reglas dogmáticas y los inquebrantables preceptos de los retóricos. Alpuche contestó al conde, usando del legítimo derecho de defensa, volvió el *maestro* á hablar, y el poeta á replicar, quedando así terminada la cuestion.

No habré de ser yo quien niegue la utilidad de la crítica bien fundada; pero jamás, sin que á ello me mueva apasionado espíritu, podré aceptar como benéfica la censura que no solo va encaminada á la obra sino que ultraja y hiere la dignidad personal del autor. Además, en épocas de renacimiento literario cumple á los conocedores y á los sábios alentar á la juventud inexperta á quien muchas veces nulifica una contradiccion al dar los primeros pasos en una senda de suyo difícil y peligrosa.

Al buen sentido público reservado le está pesar las buenas y malas circunstancias de los autores, y darles despues el puesto reservado á los que se hacen acreedores á la inmortalidad. El conde de la Cortina olvidó todo eso, y con rudeza escolástica, no vió en Alpuche sino al autor de una mala

composicion, que no es mancha que empañar pueda la brillante aureola de su nombre; ó, como dijo otro poeta: esa flor deshojada no hace falta alguna en la inmortal corona de Alpuche.

Otra persona de espíritu menos bien templado que Alpuche, exasperada con las odiosas invectivas de quien así abusaba de la superiodidad de sus conocimientos, hubiera abandonado la empresa; pero no sucedió esto al poeta yucateco. Para entrar en la polémica estudió con ahinco, y procuró hasta donde sus ocupaciones parlamentarias se lo permitian, aumentar el caudal de sus conocimientos.

Nótanse en las poquísimas obras que publicó posteriormente, sus adelantos, debidos tambien en no pequeña parte al frecuente trato con sugetos inteligentes. Mas ay! que la muerte habia de cortar el hilo de aquella existencia preciosa muy pocos años despues de los sucesos acabados de referir.

Pero aun tenemos que acompañarle en el resto de su carrera, y aun no ha sonado la hora de lamentar su irreparable pérdida.

Recien publicada por aquel tiempo la magnífica leyenda de D. Angel Saavedra, «*El moro expósito*,» que por sus galas sin cuento marca con su aparicion el principio de una nueva era en el Parnaso

de Castilla; elogiada por todos muy justamente, embebiase Alpuche en la lectura de tan magnífico poema, mas de su gusto, como ha dicho uno de sus biógrafos, que cuanto de versos leyó en su vida, pues su carácter era mas propio para las obras de Osian que para las de Homero.

No pasaré adelante, sin hablar de algunas de las poesías publicadas por Alpuche en México, ó cuando menos escritas durante su residencia en la Capital de la nacion.

Treinta y tres años contaba entonces. La lozanía y el vigor de aquel corazon nacido á los ardientes rayos del sol de los tropicos, el talento exhuberante de aquella imaginacion ardiente como el aire abrasador de su patria, y todo esto unido á una varonil belleza, hacian del tijosucano el tipo del trovador apasionado, que al tañer de una lira armonica, ó al solo brillo de una mirada impregnada de amor y de ternura, revelaba al punto la existencia de un amante que podia inmortalizar con sus obras al objeto de su predileccion, ó enloquecer de emocion á una hermosa, halagada en su vanidad femenil y arrobada por las frases ardorosas de un amante no vulgar.

No faltaron, pues, á la lira de Alpuche notas de amor; ni ¿cómo habia de suceder así, si ley inque-

brantable de naturaleza, es rendir culto á la hermosura y adorar á la hechicera Eva, que desde el principio del mundo hasta el presente, ha sido la inspiradora de los poetas, la que ha infundido valor á los guerreros, y hecho derramar lágrimas y dibujar sonrisas, por donde quiera? Apesar de todo, preciso es confesar que las concepciones mas bellas del poeta, no son las consagradas al amor; notanse en ellas los reflejos de aquella inteligencia privilegiada; abundan en imágenes brillantes y seductoras; revelan pasion, sentimiento; son en fin dignas del autor; pero el crítico concienzudo no podrá presentar á Alpuche como acabado modelo en la poesía erótica.

Veamos las, sin embargo, examinando algunas, que, como manifestado queda, tienen cualidades que las hacen dignas de estimacion.

La pintura que hace en la poesía intitulada *A una mexicana*, de la mujer que le inspira, es bella y apasionada. Oigamos si no el principio de la estancia segunda:

Eres mas bella que jardin cubierto
De flores agrupadas que se mecen
Sobre vástago débil; mas airosa
Que el tallo de la rosa,
Mas que el lirio gentil.....

La primera comparacion no puede ser mas poética, ni expresar con mas galanura el hermoso conjunto que á la vista ofrecian los encantos de su amada, y si no se descubre novedad en lasposteriores, hay que reconocer la propiedad de que están revestidas, y lo adecuado de ellas. ¿Qué cosa mas natural despues de habérnosla presentado mas bella que un jardin cubierto de flores, que continuar comparando su talle con el de las rosas y los lirios?

Declara su amorosa cuita, y describe la inmensa felicidad que su alma disfrutaria logrando la correspondencia que anhela. Demanda piedad, y súbitamente un recuerdo viene á anudar la voz en su garganta. Entonces exclama al reponerse de aquella emocion:

.....Infortunado
Ignoro por ventura
Que en este clima helado
Amor no puede arder. Las mexicanas
De encendido color, de lábio hermoso,
Al placer y al deleite al hombre incitan,
Mas tranquilas sus almas,
De deleite y placer jamás palpitan,
Y son, me dicen ay! como la cumbre
Pura de Ixtaxihuatl, que reverbera
Del claro sol la brilladora lumbre,

Bellísima á la vista; pero fria,
Eternamente fria.....

Dos cosas deben observarse en esta preciosa comparacion: el tinte local que á la obra imprime el recuerdo de uno de los volcanes que la vista descubre elevando su nacarada frente en el horizonte de nuestro pintoresco valle, y la esquisita propiedad con que el poeta compara á la mujer amada con un objeto que despierta cierto entusiasmo ardiente, apesar de que su blanca corona de nieve bastara á apagar el fuego mas vivo. Pero para aumentar la belleza del cuadro, haciendo resaltar el contraste, prorumpe el yucateco en exclamaciones tan bellas como las que siguen:

Oh sol ardiente de la patria amada!
Oh sol de Yucatan, en cuyo suelo
Con tu luz inflamada
Jamás consientes la frialdad del yelo.
Allí arder haces la fecunda tierra,
Arder haces allí del Sur el viento,
Que el soplo helado de aquilon destierra;
Arder haces del aire
Las diáfanas regiones,
Y con benigno influjo
Arder haces tambien los corazones.

Difícilmente habrá quien al intentar describir en una poesía lo ardoroso del clima yucateco, lo

haga en mas bella forma; mas escuchemos todavía la conclusion de tan feliz pensamiento:

Si tú, bien mio, en Yucatan nacieras,
Sin poderlo estorbar, de amor ardieras,
De amor inextinguible.

Despues de leer estos versos cree uno que aquella jóven, desdeñosa á los halagos del trovador, no quiso consentir en que fuesen una verdad, y abrió su corazon, lleno de ternura y de amoroso delirio, al que así ponia en duda que bajo el espléndido cielo de la coqueta reina del Anáhuac, existir pudiese una alma capaz de satisfacer la vehemente necesidad que el poeta sentia de ser amado, como solo saben amar las apasionas y ardientes hijas de la Península yucateca.

De mucho mayor estension que la anterior la que se llama *La perfidia*, pinta con la vehemencia que caracteriza al autor, las emociones que agitaban su alma en los momentos en que la escribia. La animacion de los cuadros es suprema, y si el temor de parecer difuso no me hiciera continuar adelante, citaria yo algunos de los bellísimos trozos en que abunda.

Tampoco me detendré en la que el poeta consagra «*A una hermosa*,» no porque falten en ella pri-

mores que anotar; que si tal me propusiera necesitaria hablar de cuantas Alpuche compuso, pues con rarísimas excepciones, en todas se revela el genio.

Hay algunas, sin embargo, en que injustificable seria no detenerse.

El pequeño poema «*Eloisa*,» en que Alpuche nos presenta á la desgraciada víctima de aquel canónigo despiadado y cruel, hablando al cadáver de Abelardo, creyéndole vivo, despues de muchos años de separacion, demuestra que el tijosucano, con admirable propiedad supo revestir sus palabras de la femenil ternura y el erótico delirio de la heroina. D. Andrés Quintana Roo, aquel augusto sacerdote de la literatura mexicana, cuyo depurado gusto clásico nadie pondrá en duda; aquel de quien D. José Joaquin Pesado dijo que: *era maestro en el idioma y con todas las prendas de una elocucion pura, castiza, propia y armoniosa*, consignó en una carta que dirigió á Alpuche el juicio que del poema formara. Hélo aquí:

«He recibido con mucho aprecio el bellísimo poemita que se ha servido usted dedicarme. Eloisa hace á usted el mismo honor que sus anteriores composiciones poéticas que leí con admiracion el año pasado; envaneciéndome como yucateco de ver que en nuestra patria un jóven sin mas auxilios

que los del talento, se elevaba á la altura de los mas celebrados profesores de México. No desmaye vd. en la carrera, y reciba las gracias que le tributo por haber asociado mi oscuro nombre á su gloria poética»

Ante la autorizada voz de tan sábio cuanto modesto testimonio, se inclina con respeto el último de los aficionados yucatecos á la literatura; pero que sabe rendir homenaje, el primero, al talento y á la virtud.

Fáciles y armoniosas, respirando una ternura apacible y grata, las rodondillas «La ausencia» aunque sin gran originalidad en los pensamientos de que se vale para encarecer los tormentos que sufre; isa embargo, por su dulzura y correcta forma merece ser leida.

En coplas como aquellas famosas que se hallaron en el bolsillo del tan noble cuanto entendido Jorge Manrique, el dia de su aciago fallecimiento; escritas con motivo de la muerte de su padre el Condestable D. Rodrigo de Manrique primer conde de Paredes, Maestre de Santiago; en coplas como esas que, como dice un comentador, son de lo que se escribió en aquella época con mas elegancia, ingenio y pureza de lenguaje, esrribió el yucateco su poesía «*A Clemencia,*» en la

cual, como en la anterior, lamenta los pesares de la ausencia, pero valiéndose de un recurso no empleado en la anterior y es comparar los hechizos de su amada ausente con los de las lindas mexicanas que entonces tenia presentes, y que, para los ojos y el corazon del poeta no superaban pero ni aun siquiera igualaban á los de su Clemencia.

Una jóven retratándose en el daguerrotipo inspiró á Alpuche una ligera pero linda composicion, de que copiaré el final como una muestra de las bellezas que contiene:

.....

Ven y veremos la copia:
Será sí, tu imágen propia,
Tendrá tu cara encendida.....

Y esta apagada pintura
Podrá llamarse retrato?
Qué! tan célebre aparato
Solo dá una sombra oscura!

Y aquella mezcla de rosa
Y jazmin, de tus mejillas,
Y el encanto con que brillas,
¿Dónde están, vírgen hermosa?

¿Dónde el carmin que resalta
Ardiente y vivo en tu lábio?

Tal pintura te hace agravio;
Sin color, ¡cuánto le falta!

Ese instrumento, al metal
Traslada muros, ruinas,
No las formas peregrinas
De tan lindo original.

Si en la armoniosa lira de Alpuche resonaron los eróticos cantos; si la vehemencia de sus pasiones traslúcese en ellos; si en tan bellos rasgos nos describe los encantos de la mujer que amaba, no por eso hallaremos el contínuo gemir, los cansados ayes de gran número de los modernos poetas, que sin suspiros y lágrimas no creen poder espresar pensamientos tiernos y sentidos. Varonil y robusta la entonacion de los cantos amorosos de Alpuche, pintan mejor la desesperacion de los celos, la indignacion contra la mujer perjura, que no el afeminado lamento, ó la postracion de un sér débil á quien se debe acariciar siempre, como á los niños, para que no llore. No, las cuerdas de la lira de Alpuche tradujeron mejor las quejas de la patria oprimida, que las del amante desdeñado; celebraron mejor las glorias sublimes de una nacion, que la fácil victoria conseguida sobre la vanidad mujeril, ó sobre la caprichosa ó estudiada resistencia

de las damas. Jóven era, nacido bajo el ardiente cielo yucateco, y Alpuche no podia haber tenido una juventud extraña á los goces íntimos del alma. Pero aquí mismo, en donde el mas fuerte desfallece y ante las lágrimas, fingidas acaso, de una mujer, perdona benigno, Alpuche se ostenta digno, tal vez cruel, pero nunca débil.

En la cuarta estrofa de «*La perfidia*» dice así:

¡Fijas en mí los ojos lacrimosos!
Y me pides perdon! y á llorar vuelves!
¿Qué mé importa tu llanto?
Si un diluvio de lágrimas lloraras
La mancha del agravio no lavaras,
Y el sacrificio mismo de tu vida
No pudiera dejarme satisfecho
De la horrorosa injuria cometida
Contra mi amante pecho.

«*La Perfidia*,» de donde acabo de copiar estos versos, abunda en pasajes bellísimos que de tal manera nos conmueven que olvidamos algunas incorrecciones, muy fáciles de evitar si el autor hubiera sabido y observado el precepto de Horacio, de guardar sus obras para enmendar sus faltas despues. Pero Alpuche dióla á luz tal como la inspiracion se la dictó, y *soltada la palabra no sabe*

volver; ni hoy me seria lícito borrar un solo defecto de las obras del tijosucano.

Dejamos á Alpuche figurando ya en la *Academia* fundada por la juventud estudiosa, y llenando con acierto su parlamentaria mision.

Esta ha terminado y Alpuche á quien poco seducen los placeres de la corte en que ha descubierto su indagadora vista tantas llagas; Alpuche que se ahoga en esta atmósfera templada y no sufre en la ardientísima de Yucatan, apenas vé cerrar las puertas de la representacion nacional, toma con ánimo resuelto y henchido el corazon de dulces emociones, el camino de la patria.

¡Cuán hermoso y cuán tranquilo es el cuadro que el poeta sueña ir á disfrutar!

En breve, aquellas auras impregnadas del aroma de las tropicales flores, refrescarán su volcánica frente, al acariciar su rubia cabellera; pronto los palmares que sacuden majestuosos sus verdes abanicos á orillas del azulado mar yucateco, le brindarán el delicioso jugo que encierran los pesados racimos del cocotero; los maizales susurrarán al oido del poeta promesas que colmen su ambicion; se mecerán ante él las flexibles cañas de azúcar, y le presentarán la rubia espiga celebrada bajo el nombre de la *flor de la caña;* los harpados

cantores de los nativos bosques, celebrarán la vuelta de un *hermano* con notas mas deliciosas que las inspiradas al génio de Bellini; estrechará en sus brazos á la beldad de húmedo lábio, pálida frente y encendidos ojos, cuyos hechizos cantó desde lejanas tierras, y cuya ausencia tanto lamentara. Al sucio *lépero* y á la desgreñada mujer, que habitan en las imposibles chozas de adobes y palmas de maguey, reemplazará el mestizo de alba y encarrojada camisa, de sonantes *clacles* y fino sombrero de paja, y la mestiza de pintoresco *terno*, de diminuto pié envuelto en pulido zapato de raso y de ojos de gacela y talle esbelto, morando en modestas pero bien formadas habitaciones de bejuco y palma, con sus huertos bordados de flores, y sembrados de frutales hermosísimos.

Todos estos y otros encantos van á halagar al poeta cuya adoracion la constituyen el amor y las caricias de la mujer amada. Con estos pensamientos pisa Alpuche la cubierta de la nave que va á conducirle á las playas suspiradas.

En esta ocasion, entonó el tijosucano una cancion que bastaria por sí sola para acreditar al autor como unos de los poetas mas excelentes. *La vuelta á la patria*, que tal es el título de este hermoso canto, es sin duda alguna, entre los que de

Alpuche se conservan, una de las mas acabadas y felices inspiraciones de su musa. Magestuosa y elevada su entonacion desde el primer verso hasta el último; asistiendo el lector á las palpitantes situaciones del corazon del poeta, rebozando amor á Yucatan, *La vuelta á la patria* es un diamante engastado en la corona inmarcesible de Alpuche.

¿Cómo resolverme yo á señalar determinada belleza en esta composicion de que apenas puede tacharse el uso equivocado de un tiempo de verbo por otro?

Básteme decir que este canto es superior, y con mucho, al que en idénticas circunstancias entonó el profundo literato y poeta español D. Francisco Martinez de la Rosa, y superior tambien á cuantos sobre un tema tan inspirador de suyo, han elevado otros celebrados autores.

Del atronador bullicio de la gran capital, pasó Alpuche á la salvaje soledad del campo; mostrando con esto que la residencia en Mexico no habia influido en su ánimo para hacerlo ambicionar mas elevados puestos que el que acababa de desempeñar con satisfaccion de los pueblos que le eligieran. Pero á poco, el juicio ilustrado de sus compatriotas volvió á sacarle de su pacífico retiro llamándole nuevamente al seno de la legislatura

del Estado. Incapaz Alpuche de negar sus servicios al suelo en que nació, supo acudir al llamamiento del pueblo, y presentósele favorable oportunidad para significar á sus conciudadanos su patriotismo, y desprendimiento renunciando el sueldo que las leyes le asignaban. Tocó á este congreso fijar constitucionalmente la suerte del Estado, y Alpuche contribuyó, el primero, á tan sagrado principio.

Llegada la clausura de aquel cuerpo tornó, como en las veces anteriores, á su soledad, á sus agrícolas faenas, y tal vez á meditar alguna obra que la muerte inexorable que acechaba ya á su víctima, impidió llevar á cabo con perjuicio de las letras mexicanas.

Ay! que ni el poeta que roba su luz al astro del dia, que sorprende á la naturaleza en sus mas bellas situaciones, que penetra los secretos del alma, y tiene el mágico poder de conmover los corazones, puede detener la cuchilla homicida de la parca.

El mismo temple de su espíritu vigoroso, dice D. Vicente Calero Quintana en la noticia biográfica que precede á las poesías de Alpuche coleccionadas despues de su muerte, le ponia en peligro de contraer esas calenturas que no son raras en nues

tros campos y que á él varias veces lo habian puesto á las orillas del sepulcro.

Pero llegó, continúa el mismo escritor, el momento en que iban á rompersé las cuerdas de su lira; en que la patria iba á exhalar un gemido, los amigos del poeta á llorar sobre su tumba y la literatura á perder su mas privilegiado sostenedor. Despues de un ataque contínuo, de treinta y un dias, en que no le desamparó una calentura fuerte, dirigióse á la ciudad de Tekax para ver si asistido facultativamente acertaba á escaparse de las garras de la muerte. Mas fué en vano: Alpuche iba á morir: de hora en hora se agravaba y los últimos momentos de su existencia venian siguiendo los instantes. Amaneció el dia 12 de Setiembre de 1841 y las esperanzas de sus amigos terminaron con la vida del poeta.

Entre ese grupo de leales amigos que rodearon la cama del moribundo y humedecieron despues su tumba, se contaba el autor de los dias del que hoy cumple con el deber de enaltecer la memoria del poeta yucateco. Muchas de las noticias de este ensayo se le deben al Sr. D. José Domingo Sosa, así como el que no se hubiesen extraviado las mas de las poesías que forman la única edicion publicada

de ellas en 1842 en la ciudad de Mérida, por el ya citado D. Vicente Calero Quintana.

Con la muerte de Alpuche sufrieron las letras yucatecas una pérdida que no han podido remediar hasta el presente, sea dicho esto sin pretender rebajar el mérito de los que existen; pero que consagrados á distinto género de estudios y trabajos, no han producido obras del carácter de las del autor á quien este ensayo está consagrado.

D. Pedro Ildefonso Perez, en su poesía *Los mártires de la independencia*, reveló, así como en alguna otra, el entusiasmo patriótico, la imaginacion y las dotes que para cantar las glorias de un pueblo son necesarias; pero discípulo ardientísimo de la escuela romántica, imitador feliz de Zorrilla, no tuvo sino contadas notas en su lira para la patria y sus libertadores. Lástima grande que su privigiado talento no hubiese legado mayor tesoro de composiciones de esas en que al hacer la apología de los héroes, levantan al mismo tiempo la fama de sus autores y contribuyen á la formacion de la literatura nacional. Porque la poesía erótica y mas siguiendo hasta los extravíos del romanticismo, no está destinada á sobrenadar en el océano de los tiempos; cuyas oleadas solo respetan las tradiciones y las glorias de los pueblos.

Tampoco Aldana, D. Ramon, cuya oda á *Sebastopol* es un laurel para su frente de poeta; Aldana que á la elevacion de las ideas reune no poca pureza en el lenguaje y belleza en la forma, segun las reglas de la moderna escuela, ha arrancado notas á su lira armónica para contribuir á inmortalizar á los padres de la independencia. Ni estos ni otros que pudiera citar han cumplido con deber tan sagrado, auuque, lo repito, excusarse pueden con la índole diversa de su carácter y de sus ideas. Podrian citárseme á los dos hijos del patriarca de la literatura yucateca, á los dos hermanos Justo y Santiago Sierra, nacidos en un lugar de la península, y cuyos patrióticos cantos han merecido el aplauso del inteligente círculo literario de México. Pero á tal objecion, fácil me seria contestar diciendo que ambos hermanos, crecidos y educados en México, no pueden ser citados ya como yucatecos, porque han olvidado del todo á Yucatan, su cuna; donde descansan los despojos del célebre doctor su padre, y tal vez con desden, ya involuntario, mirarian su nombre al lado de los que aparecen al frente y en las filas de los humildes literatos y poetas de la Península yucateca.

Mas sea de ello lo que fuere, nadie podrá disputar su gloria á Alpuche, que el primero, cum-

plió con sus deberes de mexicano y levantó á los héroes un monumento que *durará mas que los mármoles y bronces*, como de sí mismo dijo Horacio en su celebrada Oda XXX. Y este es el lugar en donde, ya que en otro no lo hice, debo hacer mencion de la oda de Alpuche *La Fama*, que no ha faltado quien juzgue una imitacion de la del poeta latino acabado de citar.

Muy distinta es la idea de estas dos odas. Horacio, en su magnífica composicion no expresa un anhelo, sino el firme conocimiento de una gloria ya adquirida y que seria duradera aun mas que los monumentos; en la oda de Horacio se escucha la voz del orgullo satisfecho; de la conciencia del propio valer; sin el velo de la modestia; como bien lo habrán notado los que han leido esa composicion. Alpuche por el contrario, se manifiesta decidido á sufrir todo género de penalidades, si ellas han de proporcionarle la única gloria que ambiciona: la de que Yucatan, no el mundo, le aclame su poeta.

Hé aquí las tres últimas estrofas:

Pero mi acerbo llanto,
Del deleite jamas interrumpido,
Vigor dará á mi canto;

Al canto dolorido
Que arranque mi memoria del olvido.

¡Patria adorada mia!
¿No cubrirán tus jóvenes de rosas,
Mi sepultura fria?
Tus vírgenes hermosas
No entonarán mis cánticos, llorosas?

No de inmortal renombre
La orgullosa ambicion mi pecho inflama
Pero arderá mi nombre
Con refulgente llama,
Si su poeta Yucatan me aclama.

Y le aclamó tal, lleno de noble y legítimo orgullo; porque el pueblo que cuenta entre sus hijos á un poeta de tan levantado mérito como Alpuche, puede y debe estar satisfecho.

Refiriéndome ahora á la oda «*La fama*,» diré que la considero una de las mejores del autor, por que reune, si no todas, al menos la mayor parte de las condiciones que una poesía requiere para merecer el calificativo de buena; y diré tambien que basta su lectura para probar que Alpuche, incorrecto muchas veces, podia haber llegado á hermanar la grandiosidad de sus pensamientos grandiosidad que le caracteriza, con la pureza que en los discípulos de la escuela clásica se admira.

Y pues de escuelas literarias hablo, no faltará quien, muy fundadamente me pregunte á cuál de ellas estuvo filiado el poeta yucateco. Fácil es de ducir por lo que expresado queda en el curso de este ensayo, que Alpuche, rigurosamente hablando, no perteneció á una escuela especial, por la razon muy obvia de que, sin estudios ni elementos para poder verificarlos, no siguió otros preceptos mas que los que su criterio natural le dictaba.

Instintivamente creo que se inclinaba al eclectisismo, es decir, no rechazaba el atrevimiento de los románticos cuando se trataba de espresar un pensamiento nuevo, elevado y grandioso, sin el servilismo de muchos *puristas*, que sacrifican á la forma una idea brillante si no encuentran una palabra *castiza* para espresarla; pero esto no era un obstáculo para que no procurase imprimir en la mayor parte de sus poesías el carácter peculiar á las obras escritas en el idioma de Fray Luis de Leon y del divino Herrera. Porque si como yo mismo hice notar al principio, se encuentran en sus obras faltas prosódicas, descuidos perdonables, no sucede así tratándose de las ideológicas evitadas por él á toda cosa. Además, hay una defensa para los yerros de que el crítico severo pretenda acusarle.

Hijas de la inspiracion del momento, escritas á ultima hora para ser leidas en las festividades nacionales, publicadas imediatamente y sin la tranquila meditacion que para su pulimento requerian, y coleccionadas, nadie lo olvide, no en vida del autor, sin que él las hubiese sujetado al escrupuloso exámen que precede á toda publicacion formal, es de suponerse que en ellas se encuentran las faltas de los copistas, las que un mal borrador causa aun viviendo los autores, y otras circunstancias que atenúan mucho la fuerza de los cargos que pudiera hacérseles.

Además, Alpuche en su retiro campestre, sin libros de estudio, sin amigos literatos para consultar sus obras, sin elemento alguno de esos que contribuyen tanto al desenvolvimiento de las ideas, al desarrollo de la imaginacion, y á formar un gusto exquisito, era el ave de la selva que emite notas no aprendidas, imitadas de la naturaleza cuyos poéticos encantos á nadie se ocultan.

Mas tarde, cuando su pensamiento, libre desde el primer dia, estaba acostumbrado á lanzarse por las regiones del infinito, sin traba alguna, mas tarde, digo, fué cuando al llegar á México, pudo disponer de pocos, no de todos los elementos que necesitaba para perfeccionarse en el difícil arte. Pe-

ro era ya demasiado tarde, la muerte iba á segar muy pronto aquella preciosa existencia, y pocas son las poesías que compuso en aquella época.

Además, harto impetuoso era el genio de Alpuche para sujetarse dócil al yugo de las reglas.

Podreis torcer el curso de manso arroyo que se desliza entre flores y espadañas, en cuyas tranquilas aguas se retrata el cielo y apagan su sed las aves; pero al mugidor torrente que se despeña en espumosa catarata y apenas permite que en sus aguas se quiebren los rayos de luz, proyectando iris caprichosos, á ese no podreis nunca marcarle una senda para que la recorra apacible y dulcemente. Alpuche en sus cantos deja oir el sonoro caer de los torrentes, no el manso murmurar de las aguas cristalinas del arroyo.

A las bellezas en que abundan las poesías de Alpuche, no se les puede negar el tan apetecible mérito de la originalidad. No serán nuevas para los literatos que conocen concienzudamente á los autores de la antigüedad clásica, y á los modernos vates de ambos hemisferios; pero sí lo son en el autor que, preciso es repetirlo, porque Dios le dijo que cantase, lo hizo sin pensar que un dia aquellos cantos, pasando á la posteridad podian ser sujetados á detenido exámen para ver si el

autor habia observado las reglas que los hombres han establecido.

Que para la fábula política Alpuche tuvo disposiciones felices, es cosa que ocultarse no puede á nadie, desde el momento en que se lee aquella que en su coleccion miramos. A censurar una de las mas comunes inconsecuencias de los gobernantes vá dirigida, y tan claro y sencillo es el argumento, el romance tan fluido y fácil, la moraleja tan bien deducida, que justo sentimiento produce no hallar otras composiciones de ese género entre las de nuestro poeta. Tan adaptable como son el apólogo y la fábula para cumplir con el tan conocido precepto horaciano: *delectare ac monere*; tan útil como es la puntual observacion de esa regla, no alcanza, sin embargo, entre la mayor parte de nuestros poetas feliz observancia. Gloriarse puede Guanajuato, célebre por sus históricos recuerdos no menos que por sus metalíferas tierras, de haber sido cuna de José Rosas Moreno, fabulista que en nuestros dias ha conquistado ya el honor de ser á extraño idioma traducido alguno de sus bien delineados cuadros de la escuela de Lanfontaine é Iriarte. Alpuche una muestra tan solo nos dejó; pero única como es, basta al fin que me propusiera, y es demostrar que pudo haber

cultivado los diversos géneros de poesía, dejando por donde quiera brillantes rasgos de un talento colocado muy sobre la vulgar corriente.

En cuanto á las ideas políticas de Alpuche, basta leer sus obras para reconocer que era un patriota distinguido, que profesaba desde sus primeros años las mas avanzadas ideas de libertad y de progreso. Si esto no constara en sus escritos, sus hechos nos lo demostrarian de satisfactoria manera.

Paréceme haber demostrado que D. Wenceslao Alpuche, si no el jefe de los poetas patrióticos mexicanos, es sin duda uno de los que mas han contribuido á la gloria de nuestros héroes; y reune, considerado bajo distintos aspectos, las cualidades mas reelevantes, que le hacen acreedor al recuerdo de los mexicanos; porque su nombre brilla con refulgentes caractéres en el hermoso cielo de nuestra literatura; que la juventud actual, llena de tan nobles aspiraciones y sentimientos, debe inspirarse en las obras del poeta yucateco, que aun con sus errores, son dignas de la admiracion y de la inmortalidad.

Si este ensayo modesto, despierta en la juventud el deseo de conocer y estudiar á D. Wenceslao Alpuche, veré satisfecha mi aspiracion única.

al emprender este trabajo, y entonces el recto juicio de personas verdaderamente ilustradas conseguirá lo que no pudo alcanzar el autor de este libro: fijar para siempre la gloria poética del cantor de Hidalgo.

Terminada aquí la tarea que emprendí de dar á conocer á D. Wenceslao Alpuche, deber mio es, para gloria mayor del poeta, dar cabida en el apéndice que irá á continuacion, las mas escogidas, ya que no todas las producciones del tijosucano, y preferentemente á aquellas que han sido objeto del estudio que he terminado, para que las personas á cuyas manos llegue este trabajo califiquen mejor que yo las poesías mismas y el concepto que de mí han merecido.

Sin esto, poco ó nada habria conseguido, y en verdad que no quedaria satisfecha mi aspiracion de colocar el nombre del poeta yucateco en el lugar que reservado debe estarle por sus cualidades eminentes.

A HIDALGO.

POEMA.

Suspira sin cesar la patria mia
A oprobio vergonzoso condenada,
Sangriento el seno, su beldad ajada
Por la fiera codicia y tiranía
De la implacable España: los gemidos
Que lanza en su dolor tan tristemente,
De sus hijos hiriendo los oidos,
Aumentan su afliccion inútilmente;
Las lágrimas de sangre que destilan

Sus ojos empañados, enrojecen
Su atribulada faz. ¡Oh patria amada!
¡Cuán distinta te miro, y cuán trocada
De lo que fuiste un tiempo! ¿Dó la gala
Está con que adornaste á tus guerreros,
Generosa y magnánima Tlaxcala?
Dónde los esforzados campeones
Que intrépidos y firmes resistieron
De la orgullosa España los pendones?
Dó está la gloria suma
De la estensa region que en otro tiempo
Engrandeció el poder de Moctezuma?
En dónde están, Cholula infortunada,
Tus altísimas torres? Dónde, dónde,
Tenoxtitlan sagrada
Tu antiguo brillo y magestad se esconde?
Resplandeció tu gloria
Con tanta rapidez, que solo existe
De ella un recuerdo lamentable y triste
En tu infeliz y oscurecida historia.
Brilló, cual brilla en la tormenta fiera
Relámpago fugaz solo un momento,
Que retira su lumbre pasajera
Ennegreciendo la region del viento.
Sobre tu faz hermosa y delicada
Extendió la opresion su negro manto,

Y te dejó anegada
Entre miseria, luto, horror y llanto.

Pisa Cortés la playa mexicana,
Que arrojado viniera de otro mundo
Del genio de la muerte conducido;
La tierra virginal lanza un gemido
Al recibir tal monstruo, y se contrista
Cual tímida paloma á quien dirige
El fiero gavilan la torva vista:
De rayos y terrores precedido,
Y en su diestra nefaria
Centellando la espada sanguinaria,
Con atrevida planta
Hácia México inmensa se adelanta.
Los torrentes de sangre derramada,
Los montones de cuerpos destrozados
Que á contener sus pasos se interponen,
Cual diques formidables, son en vano;
Que la sangre, la muerte y sus horrores
No pueden contener en sus furores
El ímpetu indomable de un tirano:
Antes con saña atroz se lanza y sube
Sobre yertos cadáveres, que un monte
Forman, que trepa á entristecer la nube,
Y á llenar de terror el horizonte.

Sobre este horrible pedestal alzado,
De furias infernales rodeado,
La vista fiera y ominosa clava
En la imperial ciudad, que presumia
En su loca ambicion hacer esclava.
De allí baja cual rápido torrente
Que la orgullosa espalda levantando,
Va con impetu horrendo derribando
Cuanto intenta oponerse á su corriente.

Humean las ciudades con el fuego
Que el genio infando de la atroz codicia
Con devorantes soplos alimenta:
En medio de la llama truculenta
Los magníficos templos resplandecen
Con sanguíneo color, y sus cenizas
Se esparcen por el aire y desparecen.
Los altos edificios se desploman,
Y horrísonos cayendo
Espantan á los hombres sorprendidos,
Y ensordecen los campos con su estruendo.
Los hijos de la América inocentes
Que levantan sus cuellos oprimidos,
Caen bajo los golpes inclementes
Del acero homicida,
O del cañon tronante, que estallando

Arrebata el aliento con la vida,
Los miembros sin defensa destrozando.

Todo cede al furor, no hay quien presuma
Los estragos frenar: acobardado
El temido y valiente Moctezuma
Se mira entre prisiones aherrojado:
El audaz Cualpopoca, ardiendo en ira,
Entre las llamas sin venganza espira:
Y al fuerte Quetloboca, que empuñara
Con su robusta mano
El arma defensora
Para cortar la vida del tirano,
La parca inexorable lo devora,
Y atónito Anahuac su muerte llora,
Quedando sin consuelo,
Al perder su caudillo Ixtapalapa,
Y su defensa el mexicano suelo.

Ya entre tantos guerreros, que de Marte
Tremolaron con gloria el estandarte,
Queda Guatimozin tan solamente
Que defienda á la América inocente.
Guatimozin, el jóven esforzado,
El hijo de la guerra,
El ilustre rival de Moctezuma,
Que llena con su nombre mar y tierra:

Su pecho de entusiasmo rebosaba,
Y el amor de la patria lo inflamaba.
El Septentrion en él la vista fija,
Y al imperio lo eleva... inútilmente;
Guatimozin detuvo la corriente
De la devastacion solo un momento;
De su rápido curso arrebatado
Despareció: su cuerpo ensangrentado
Se envolvió con las ruinas de la patria,
Que le sirven de tumba y monumento,
Y denuncian su fin al firmamento.

A tan terrible golpe (infausta suerte)
Huyó la Libertad despavorida,
Llorosa, triste, exánime, sin vida,
Dejando solo asolacion y muerte.
El soberbio invasor al cuello inerte
Del noble americano
Impuso airado con sangrienta mano
La coyunda fatal, la vil cadena,
Y á esclavitud perpetua lo condena.

Opulenta ciudad, que un tiempo dabas
La ley á cien naciones diferentes,
Y el destino futuro regulabas
De pueblos aguerridos y valientes:
Opulenta ciudad, que Moctezuma

Engrandeciera con afan intenso,
Qué resta ya de tu valor primero?
Qué resta ya de tu poder inmenso?
Qué resta ya de tu feliz memoria?
Fué tu esplendor antiguo, fué tu gloria.

En vez de aquellos gritos de alborozo,
En vez de aquellas voces que festivas
Daban al aire los alegre vivas,
Que en tus anchos recintos resonaban,
Y plácidoz los ecos redoblaban;
Hoy se oyen gritos de dolor apénas,
Y voces de gemido,
Y aquel susurro sordo, y sordo ruido
Que hacen las pesadísimas cadenas,
Que tus hijos arrastran duramente.

Para qué empinas la soberbia frente,
Escándalo del aire,
Ixtaxihual altísimo, trepando
A alzar al cielo tu nevada cumbre,
Que dora al sol con su radiante lumbre?
Desplómate mas bien, cayendo encima
De esclavos viles y opresores fieros:
Desplómate, y termina
Tantos estragos con tu inmensa ruina.

Volcanes bramadores,
Antorchas esplendentes de los aires,
Que los cielos llenais de resplandores,
Arrojad vuestras llamas devorantes
Para colmar los valles, y triunfantes
Asolad, devorad, tornando luego
La tierra esclavizada en mar de fuego,
En mar de fuego para ahogar los hombres,
Su atroz codicia, y sus odiosos nombres.

Pero en clamores vanos
Se agotan mis acentos
Y se me cansa el pecho: los tiranos
No atienden á mi voz ensordecidos
Por su insolente orgullo; y entre tanto
Los hijos de la América oprimidos
Entre oprobio y vergüenza hundidos gimen.
Los hierros que te oprimen,
Infeliz Anahuac, serán eternos?
Tres siglos de opresion no son bastantes
A encender tu furor? No veré nunca
Que el encorvado cuello audaz levantes?
Entre millones de hombres que sustentas,
No hay un pecho magnánimo que emprenda
Vengar tu humillacion y tus afrentas,
Y mostrar del valor la augusta senda?

Un varon faltará!..... Mas ved sentado
Un ministro de Dios, encanecido
Por la mano del tiempo, y apoyado
En la diestra el semblante: estátua inmóvil
A la vista parece: tiene fijos
Los ojos en la tierra, sumergido
En su meditacion. ¡Cuántos misterios,
En éxtasis tan largo,
Contendrá ¡oh cielos! su pensar profundo!
Mas le miro salir de su letargo
Elevando la frente magestuosa,
Y con voz resonante y poderosa
Exclama LIBERTAD: el nuevo mundo
Oyó la exclamacion, la redoblaron
Los cóncavos del monte:
Las selvas murmuraron
LIBERTAD, LIBERTAD, y el horizonte
Con ecos tan magníficos llenaron,
Y el aire hechido con el grande acento,
Resuena LIBERTAD el vago viento.
Libertad, Libertad, nombre sublime,
Tú enciendes el valor, el pecho inflamas,
Y haces que sienta las ardientes llamas
Que el entusiasmo agita: tú elevaste
Al grande Escandemberg, que resistia
Del segundo Mahomet, cual firme muro,

Las falanges del orbe tan temidas:
Tú inspiraste á Leonidas
El noble impulso de arrostrar la muerte
Resistiendo en Termópilas á Xérxes:
Tú armaste el brazo fuerte
Contra Tarquino y César de ambos Brutos.
Tú á Washington magnánimo inspiraste
Aquella fuerza que rompiera el cetro
Con que Albion sus colonias oprimia:
Tú inspiraste por fin al grande Hidalgo. . . .
Al grande Hidalgo, al sacerdote anciano,
Al genio vengador, en cuya mano
Una espada de fuego arder se via.

Ved al volver sus centellantes ojos
Conmoverse los pueblos, y agitarse
Su libertad sintiendo, y arrojarse
Al combate, á la muerte, á la victoria:
E Hidalgo con la frente levantada,
De flamígeros rayos coronada,
Los conduce á los campos de la gloria.
Genio sublime, yo tambien te sigo,
Condúceme tambien, iré contigo
A arrostrar denodado los peligros:
Condúceme á vencer, para que arranque
De mi frente abatida

De la opresion el degradante clavo,
O abandone en la lid mi triste vida,
De escarnio tanto y de baldon cargada.
Alzad, oh pueblos, la cerviz domada,
Que el héroe ya los riesgos afrontando,
Y conducido de un feliz destino,
Va sus sienes de lauros adornando,
Va sembrando de triunfos el camino.

Guanajuato soberbia y opulenta,
Que sus montes ostenta
Preñados de oro, al vencedor se entrega,
Y entre aplausos festivos, repitiendo
Su grato nombre, á saludarlo llega.
Ya impávido en las Cruces vá rompiendo
Las huestes aguerridas de Trujillo.
Y envuelto en polvo, en humo, en sangre, en fuego,
Se oculta á las miradas; pero luego
Aparece despues con nuevo brillo.

Mas terrible que un Dios cuando se irrita,
Se avanza á la ciudad que en otro tiempo
Fué habitacion de libres, y hoy de esclavos.
La vencedora espada al aire agita.
Y al levantar las poderosas manos
Retiembla la mansion de los tiranos.
Retiembla, sí: el déspota Venegas

Se cubre de terror: los lisonjero
Que sostienen con él el cetro férreo,
Y son en la maldad sus compañeros,
Dominados de espanto se estremecen,
Y sus rostros feroces palidecen.
Opresores, temblad, que os amenaza
Del invencible Hidalgo el brazo fuerte,
Y sabrá exterminar con dura muerte
Vuestra cobarde abominable raza,
Que el seno de la patria despedaza.
Ya os llena de pavor su faz airada,
Ya sobre esas cabezas ¡¡miserables!!
Mirais vibrar su fulminante espada,
Y descargar.....

¡Oh Dios! ¡por qué á mi vista
Se oculta el héroe al consumar su triunfo!
¡Qué maléfico génio se avalanza
A robarlo del seno de su gloria,
Estorbando el poder de su venganza!
¡Adónde le llevó! Hácia que parte
Mis ojos le hallarán!..... En un cadalso,
De mortíferas balas traspasado
Su cuerpo venerable, y su vestido
Con la sangre que vierte enrojecido:
Caidos los brazos y su frente augusta,

Que de lauro inmortal se viera ornada,
Sin poder sostenerla el cuello inerte,
Cae sobre su pecho, dominada
Del peso inexorable de la muerte:
Sus miembros sin vigor, sin luz sus ojos,
Su corazon no late.....

Americanos,
Ved los tristes y míseros despojos
Que os dejaron de Hidalgo los tiranos.
Mirad al hombre impávido que un dia,
Armado de venganza y fuerte encono,
Hizo temblar el formidable trono
Que alzara en su furor la tiranía.
¡Oh pueblo de Dolores! tú le viste
Respetuoso acercarse á los altares,
Cuando ornado de pompa majestuosa
Los cruentos sacrificios ofrecia,
Y á su voz poderosa
El Criador de la luz obedecia.
Ahora yerto cadáver, sus heridas
Derraman á torrentes
De sangre copiosísimas corrientes,
Que humean al caer; pero no en vano,
Que esa inocente sangre, que ha vertido
La cruel atrocidad y el torpe dolo,

Fecundará los senos de la tierra,
Y de ella brotarán los vengadores
Que hagan tronar desde el Darien al polo
Los ecos espantosos de la guerra;
Y á su aspecto terrible, á sus acentos
Sacudirá la tierra sus cimientos,
Y caerá con estrépito el coloso
Del poder español, que levantaba
Su terrífica frente entre las nubes
Y á la AMERICA triste dominaba.
Sobre su ruina elevárase entonces
Un bello monumento en que se inscriba
Con letras dignas de tan alta gloria:
HIDALGO FUE QUIEN LIBERTO A LA PATRIA,
Y LA PATRIA ETERNIZA SU MEMORIA.

A UN JUEZ.

¡Hasta cuándo será que los mortales,
El don de la palabra degradando,
Con sus viles lisonjas estén dando
Pábulo infame al execrable crímen!
Bajo dura opresion los pueblos gimen,
Y en lugar de escucharse sus lamentos,
Se esparcen por el aire los acentos
Que aduladores sin pudor levantan,
Y alabanzas prodigan al tirano
Que abate á la virtud con dura mano.

Insensatos, callad; no mancheis nécios
Vuestros débiles lábios, y á los vicios
No deis de la virtud los sacros nombres;
Oigan la voz de la verdad los hombres.

Alzad del polvo la abatida frente,
¡Oh yucatecos! y lanzad el grito
De indignacion, al orbe publicando
Del pérfido que manda
Las maldades tiránicas y fieras.
Decid á las edades venideras
Que aborezcan su nombre, ya cubierto
En la presente edad de maldiciones.
Los que teneis sensibles corazones
Llenaos de horror al contemplar su diestra,
Su diestra enrojecida
Con sangre de infelices, que perdieron
A su impulso la vida.

Ved por su torpe mano arrebatados
De su sencillo hogar los tristes indios
Que á lejanos lugares arrastrados,
Son al duro trabajo condenados:
De ciento en ciento, con tenaz audacia,
Los conduce, insensible, á la faena,
Y su voraz codicia no se sacia.
Miradlos con los rostros abatidos,

Tristes los ojos, mudos, y aflijidos,
Soportando la inmensa pesadumbre
De verse en tan inícua servidumbre.

Y qué premio esperais, hombres honrados,
Que seguis la virtud tan denodados,
Que la patria ilustrais infatigables
Y adorais el honor imperturbables!
Os miro ya arrastrar entre cadenas,
Y os advierto gemir entre prisiones.
Prisiones y cadenas son los dones
Con que premia el tirano á aquel que emprenda
Seguir de la virtud la augusta senda.....
Y su audacia feroz, aun no saciada
Con perfidias y crímenes, se lanza
A desgarrar la ley pura y sagrada:
La pisa impunemente, y se abalanza
A perseguir, rabioso en sus furores,
Las sagradas personas, é inviolables,
De aquellos que llamó legisladores
La uniforme opinion de nuestra patria.
Ayer el pueblo que os miró sentados
En el santuario mismo de las leyes,
Hoy os mira vílmente degradados
Entre pesados grillos; maniatados
De pueblo en pueblo os llevan los traidores

Rodeados de soldados, cual si fuerais
Asesinos, ó viles salteadores.

¡Oh! qué, no te ha valido
Para librarte de esas ataduras,
Haber entre tus manos descendido
El Redentor Santísimo del mundo!
Ni á tí el dolor profundo
De ver llorando tu difunta esposa,
Que trémulo conduces al sepulcro
Que cubre eterna la insensible losa;
Enternecer no pudo tu tormento
Su duro pecho, que de furias lleno,
Es su mayor delicia el mal ageno.
¡Mas cómo puede respetar piadoso
La afliccion de los hombres el perverso,
Que con dañado y pernicioso ejemplo
Osó insultar el sacrosanto templo
el Supremo Hacedor del universo!
¡Oh párroco infeliz, tu eres testigo!
Pues no te basta el respetado abrigo
De la casa de Dios: en ella estabas
Del alba revestido,
Cuando mandó atrevido
Soldados á prenderte. ¡Oh cielo santo!
¡Cómo no vengas sacrilegio tanto!

Infelices, tened: no se obedezca
Al sacrílego autor de estas maldades;
No así irriteis al Dios de las bondades;
No sea que los auxilios por vos dados,
Aunque llenos de horror, su enojo animen;
Ved que corre el castigo en pos del crímen.

¡Mas qué escena de llanto, oh Dios supremo,
Se presenta á mi vista! ved la turba
De asesinos sangrientos y feroces,
Que llegan, de las furias agitados,
La atmósfera atronando con sus voces.
Ya con horrenda faz se precipitan
Sobre el mísero Andrés; el mas amable,
El mas virtuoso, oh Dios, de tus ministros,
Y con rabia infernal siempre implacable,
Lo hieren, lo maltratan, lo atormentan,
Lo confunden, y al fin lo desalientan.
Caen sobre él los golpes repetidos
Como copiosa lluvia, y sin sentido
Su cuerpo vacilante cayó en tierra.
De heridas profundísimas cubierto,
A torrentes la sangre derramando,
Y, de dolor bañado el cuerpo yerto,
Le llevan sobre piedras arrastrando;
Y con los duros grillos, y pesados,

Comprimen sin piedad sus piés hinchados:
Y en derredor del cuerpo [¡cruel estrago!]
Se forma con la sangre un ancho lago,
En que el mísero queda sumergido.

¡Qué espíritu infernal habrá impelido
A crímen tan atroz! qué mónstruo pudo
Tal maldad consumar!
En donde quiera que mireis vertida
Sangre de sacerdote; donde quiera
Que mireis sus ultrajes,
La sacrílega mano
Presente está del que furioso impera,
¿Y con desvergonzada hipocresía
Vas á tocar, humanidad fingiendo,
Esas abiertas llagas, que pidiendo
Venganza contra tí claman al cielo?
De Andrés amigos ¡ay! que sin consuelo
Silenciosos le veis, interponeos,
Y arrojad de su lecho á su asesino;
Arrojad de su lecho á ese inhumano;
Que se le acerca con dañado intento:
Que hará mortal la llaga con su mano,
Pestilente la herida con su aliento.

Corramos, si es posible, un denso velo
A tanta iniquidad: compadezcamos

La triste situacion en que ha dejado
El partido infeliz, á do lanzado,
A un tiempo fué su perdicion y azote.
¡Oh qué inícuas doctrinas ha enseñado!
¡Qué ejemplos tan fatales! Donde quiera
Solo se oyen blasfemias infernales
Contra el benigno Dios de los cristianos.
Se mofan sus recónditos arcanos,
El nombre de Jesus ya se escarnece
Por sacrílegos lábios! y los ritos,
Los ritos mas augustos y mas santos,
Por la iglesia de Dios establecidos,
Por diez y nueve siglos respetados,
Se vieron por las calles profanados,

Prófugos los párrocos virtuosos,
Los ministros del culto perseguidos,
Con furor los conventos incendiados.....
A tan mísero estado
Todo lo ha reducido. ¡Estado horrible!
Estado de dolor y desventuras,
Que en tierra dió con las costumbres puras.

¡Y este mismo es el hombre que sentado
Miras, oh Yucatan, en el augusto
Trono de la justicia! El insolente,
Que la moral corrompe impunemente,

Osó arrebataros la balanza
De la suerte del pueblo! Tiembla, tiembla
Al verte en ese solio ¡oh enemigo
De Dios y de los hombres! Tu castigo
Estallará cual rayo, y vanamente
Querrás alzar la condenada frente,
Que oprime el peso enorme
De la reprobacion!..... Lo veis mortales. . .
Ya sus feroces ojos se oscurecen! . . .
Sus miembros ya se agitan, se entorpecen:
Sus cabellos se erizan:
Colores en su rostro se deslizan
Cual relámpagos fúnebres . . .
Su pecho se hinche de furor, que en vano
Intenta sacudir. . . Dónde te escondes!
¡El Señor contra tí su rostro afianza! . . .
¡Dónde escapar podrás á su venganza!
Ya en remolino horrendo,
Al abismo profundo
Te precipita el anatema eterno...
Anda á llenar de horror al mismo infierno.

GRITO DE DOLORES.

De la opresion el ominoso imperio
Que á un pueblo tiraniza,
Solo durar podrá, si el pueblo inerte
La cerviz inclinando al cautiverio,
Digno se muestra de sufrir su suerte;
Mas si encendido de furor el pecho
Osa agitar los vigorosos brazos,
Al instante los hierros á pedazos
Caen: la tiranía,

Cual paja por el fuego devorada,
Súbito desparece;
Y la alma libertad, del rayo armada,
Sobre un trono de gloria resplandece.

Quién entónces su fuerza incontrastable
Se atreve á resistir? Allá en el Tibre
Húndese el trono del feroz Tarquino,
Al resonar la voz de un pueblo libre.
El Norte entusiasmado,
De su cuello sacude fatigado
El peso de Albion que lo oprimia.
Tambien la patria mia,
De infamia un tiempo y de baldon cargada,
Sacúdese á su vez, avergonzada
Del ominoso yugo en que yacia.
Alza la frente, y á sus hijos mira
En el oprobio hundidos,
Y grita *Libertad*, ardiendo en ira.

Cual rueda despeñado
De monte en monte con horror profundo
En trueno bramador, y aterra el mundo,
Así el clamor sagrado
Que la patria lanzó, retumba airado,
Tremendo se difunde

Por los pueblos y campos mexicanos,
Y estremece y conturba á los tiranos.

Quién el primero fué ¡quién! el que pudo
Contrastar de los duros opresores
El ímpetu sañudo?
Volved la vista al pueblo de Dolores.
¡No le mirais brillar...! El grande Hidalgo
Con voz robusta, fuerte y clamorosa
A la venganza os llama,
Y el templo os muestra de la eterna fama.
Su diestra poderosa
La lanza agita del sangriento Marte,
Y en la siniestra eleva por el viento
De la patria el expléndido estandarte.
¡Magnífica señal! Quien al mirarla
De coraje no siente hervir el pecho,
Y lanzarse á la lid?..... Ved á los nietos
De Guatemuz el fuerte levantarse
Con los miembros desnudos,
Y á las libres banderas agolparse.
La constancia y valor son sus escudos,
Sus armas el furor. ¿Veis á oleadas
Héroes y héroes sin fin venir ardiendo
En bélico entusiasmo,
El polvo de la infamia sacudiendo?

¡Y vibrar por el aire, levantadas
Y sedientas de sangre, las espadas!

Héroes, volad, que la victoria os llama;
Exterminad los fieros opresores,
Y dadnos libertad. No os amedrenten
Las huestes sanguinosas y fatales,
Que armadas de cadenas y puñales
A oprimiros vendrán. Quién al torrente
Resistirá de un pueblo enfurecido,
Que hirviendo en sed de sangre y de venganza,
Al campo de la gloria se abalanza
A vencer ó morir? La lava ardiente,
Si una vez del volcan se ha despeñado,
Quién pone dique á zu voraz corriente?
Arboles, rocas, muros y ciudades
Abruma y aniquila, y victoriosa
Al mar lleva la frente pavorosa.

Ya el polvo, el humo, el fuego y el bramido
De Marte asolador y sus horrores,
Nuncian al universo conmovido
Los estragos del rayo terroroso
Que el patriotismo fulminó en Dolores.
Mirad, mirad las haces españolas
En las Cruces huir acobardadas,
Como débiles olas

Del Aquilon furioso atropelladas.
Las sigue, las alcanza, las comprime
La vencedora hueste acaudillada
Por HIDALGO inmortal. . . Genio sublime,
Mi débil voz desmaya
Al entonar la hazaña memorable
Con que aterraste al opresor tirano.
Mi aliento agito, mas lo agito en vano.

¡Ah! si la musa mia
Inspirara á mi lábio acentos tales,
Que dignamente celebrar pudiesen
Los hechos inmortales,
¡Oh! con cuánto placer, y cuán ansioso
Mirara amanecer el claro dia
En que todos se afanan á porfia,
Héroe sublime, á festejar tu gloria!
Cuán alegre y ufano,
De Mérida feliz en la ancha plaza
Viera agolparse al pueblo numeroso,
Con rostro lleno de ventura y gozo!
Y de repente, en medio del concurso,
En hombros de los jóvenes alzado,
La frente ornada de purpúreas rosas,
Fijos en mí sus ojos las hermosas,
Y de ardiente entusiasmo arrebatado,

A mi rotundo lábio aplicaria
De eterna Fama la sonante trompa,
Y elevando la voz entonaria,
Hidalgo, tu loor en grandes himnos
Que atónita mi patria escucharia.
Entre el aplauso entonces y la pompa
De las voces festivas,
Que en resonantes vivas
Al cielo lleven tu inmortal renombre,
Tal vez yo á gritos repetir oyera
A par del tuyo mi dichoso nombre.

—

LA INDEPENDENCIA.

—

ODA.

Conque llegó el gran dia
En que glorioso el Septentrion lanzase
La voz de *Libertad*, y quebrantase
La horrorosa opresion en que yacia?
Conque ha tenido fin la atroz porfia,
La destructora saña,
El furor exicial con que la España,
Con cetro aborrecido
Hizo sentir al Anahuac su imperio?
Al mísero Anahuac, que con espanto
Del orbe enmudecido,

Tres siglos arrastró de vituperio?
Siglos de iniquidad, de luto y llanto!
Qué era entónces la patria? Vírgen yerta
Duramente rodeada de cadenas,
De triste palidez la faz cubierta.
Trémula, inerme, respiraba apénas,
Su blanca vestidura salpicada
Con inocente sangre: desgreñada
La caballera de oro,
Y con doliente voz y lastimosa
Daba á los aires lamentable lloro.
La vista lagrimosa
Tendió por fin al pueblo de Dolores,
Que gimiendo se hallaba sumergido
De antigua esclavitud en los horrores.

Al punto, conmovido
Sintió su pecho el generoso Hidalgo
De patriótico ardor, y no pudiendo
La opresion con su frente asoladora
Contener de su aliento el fuerte impulso,
Dijo alzando la voz aterradora:
Libertad á la patria. En el momento
La grande aclamacion salvó atronando
El ancho Ponto; resonó en la Iberia,
Y estremecióse el trono de Fernando.

Y el cetro sanguinoso,
Distintivo funesto de tiranos,
Con ruido estrepitoso
Sintió despedazarse entre sus manos.
Hierven en tanto en derredor de Hidalgo,
De su mágico acentos arrebatados,
Los pueblos del Oriente,
Del Septentrion, del Sur, del Occidente,
Por el fiero español ántes domados;
Hoy de venganza y de furor armados
Claman, corren, se agitan,
Y á quebrantar sus hierros,
Cual las ondas del mar se precipitan.
Crece á cada momento
Del pueblo el ardimiento;
Brotan los héroes, y en el gran concurso
El soplo agitador del entusiasmo
Con rapidez eléctrica se extiende.
Rayon, Aldama, Allende,
En alto levantadas,
Vibran ya las mortíferas espadas,

Crece y crece el ardor, crece la ira,
Crece de la venganza el gran deseo,
Y de la ansiada libertad se mira
Ir creciendo el esfuerzo giganteo.

Dadme la lira que pulsó Tirteo,
Dádmela al punto, y me vereis cual rayo
Correr, volar y recorrer los llanos,
Los bosques y las selvas y montañas
Do habitan los valientes mexicanos;
Y mi robusta voz en fieros tonos
Mirareis con impulso irresistible
Romper los cetros, derribar los tronos.

Mas qué fuego voraz é irresistible
Se apodera de mí! Entumecido
Mi corazon palpita!
No puedo contener dentro del pecho
La inspiracion ardiente que me agita,
Mi espíritu se eleva, y miro abiertas
De par en par del porvenir las puertas!

Qué espectáculo, oh Dios, estoy mirando?
Qué gloria! cuántos héroes! Sí. . . . la veo.
Una augusta asamblea se levanta
A la creadora voz de un sacerdote
Allá en Apatzingan. La veo dictando
Al nuevo mundo sus primeras leyes,
De los fastos de México arrancando
El nombre esclavizante de los reyes!
Ante mis ojos brilla un libre Ibero
Contraponiendo el pecho generoso

Al poder español en el Sombrero!
Oh asombro sin igual! mi vista alcanza
A un semi-dios en ademan grandioso,
Hollando la cerviz de la venganza!
Mas léjos se descubre sobre un monte
Del Sur al héroe la indomable frente,
Ornada de laurel inmarcesible!
En su mano robusta, omnipotente,
Ved cuál brilla la espada irresistible!
Un héroe de los bosques abortado
Sostiene entre borrascas turbulentas
El timon ponderoso del Estado!
Mas qué nuevo explendor...! pero el destino
Me cierra airado las broncíneas puertas
Del porvenir oscuro, y ya mi aliento
En lúgubre desmayo
Desfallecerse siento.
Pero escucho rodar tronando el rayo
Que en Dolores retumba,
Y los gruesos torreones y altos muros,
Signos de esclavitud, rompe y derrumba.

Del septentrion primeros libradores,
Corred á vuestro fin, corred seguros,
No os arredren de Marte los furores.
Del destino en el libro yo ví escrito

Que vuestro augusto y memorable grito
Libertará á la patria. En vano, en vano
Para atajar la férvida corriente,
Que aun diques diamantinos despedaza,
Tenderá la opresion su débil mano.
Mis acentos oid, soberbia raza
Del trifonte Gerion; tanta cadena,
Tanta coyunda y hueste sanguinosa
De nada os servirá: levanta airada
La *Libertad* su frente poderosa,
Y el valor y la fuerza os abandonan.

En vano negras nubes se amontonan
A oscurecer al sol: el sol brillante
Al esparcir su ardiente cabellera,
Las nubes aniquila, y entre tanto
Sigue radiante su inmortal carrera.

AL SUPLICIO DE MORELOS.

¿Qué es el cadalso, cuyo solo nombre
Terror infunde al corazon mas fuerte?
Es del perverso ignominiosa muerte,
Seguro dique á la maldad del hombre.

Paz y quietud la sociedad desea,
Y sus inmensos bienes asegura
Cuando del criminal la sangre impura
Sobre el cadahalso fúnebre gotea.

Mas si á los héroes de inmortal memoria
Sobre él furioso el déspota presenta,
No es el cadahalso, no, del héroe afrenta;
Es el templo y el trono de su gloria.

De verdugos cercado así fallece
Tu vengador ¡oh patria! el gran Morelos;
Mas voló del cadahalso hasta los cielos,
Y en el orbe su gloria resplandece.

Tú eras, Morelos, la terrible espada
Que Anáhuac levantó contra el tirano,
Gozóse al verte el suelo mexicano,
Y tembló la opresion amedrentada.

Tú eras de libertad el soplo ardiente
Que disipar la servidumbre pudo,
Pero obstinado el español sañudo
Alzar te vió la aterradora frente.

Y un patíbulo atroz te preparaba
Su mano con mortal desasosiego,
Creyendo así extinguir el sacro fuego
Que la naciente libertad brotaba.

Tú, ageno de temor le combatiste:
Coronó tus esfuerzos la victoria;

¿Pero con tanto afan, con tanta gloria
La infamia de tres siglos sacudiste?

Raidas fueron tus sagradas manos
Que por la patria amada combatian:
Raidas sin piedad sangre vertian,
Que no sació el rencor de los tiranos.

Tu sangre en el cadahalso derramada
El primero fué de tus gloriosos hechos;
Mas no el suplicio abate heróicos pechos,
Tu sangre con furor será vengada.

No en vano resonó doliente grito
Que lanzaste al morir; grito terrible,
Que del fiero español aborrecible
Hasta el nombre feroz dejó proscrito.

Aquel grito postrero de agonía
Mirad, nos dice, *de mi sangre el lago*;
Y despertó la patria, y á su amago
Se desplomó la horrenda tiranía.

A DON

ANDRES QUINTANA ROO.

En el momento de recibir el cadáver de Abelardo, despues de muchos años de separacion, creyéndole vivo, le habla del modo siguiente su amante

HELOISA.

¿Conque ha llegado el venturoso dia
En que mi caro bien compadecido
Viniese á consolar la pena mia?
Vuelva á mi triste pecho la alegría:
Léjos vayan las voces del gemido.
Adorado Abelardo: ¿te han herido
Mis dolorosos gritos, mis lamentos
En esa soledad que te ocultaba?

¿Oiste los tristísimos acentos
Con qne tu dulce nombre al aire daba?.....
¿Por qué tan larga ausencia? ¿no sabias
Que con tu alegre vista los placeres
Al alma de Heloisa anunciarias?
Ven á mis brazos, ven: en adelante
¡Qué pecho habrá tan bárbaro y tirano
Que arranque de ellos á mi tierno amante.....!
Esta tu hermosa mano,
¿Por qué, dime, Abelardo, está tan fria?
No así se hallara cuando en otro tiempo
Halagaba la mia:
Ardiendo entonces de placer temblaba.
¿Por ventura cruel se habrá agotado
Aquella sensacion que te agitaba?
¡No respondes, mi bien? Abre, Abelardo,
Abre esos ojos; sobre mí derrama
La deliciosa llama
Que enciende su mirar, verásme al punto
En ella sumergida,
En abandono tierno estar bebiendo
El deliquio suavísimo que inspira;
Y mis miembros se irán languideciendo,
Hasta verme morir desfallecida
De placer y de amor..... ¿aun no los abres?
Abrelos un momento, que yo ansiosa

Sus luces gozaré, sus luces bellas,
Aun mas que las del sol; me harás con ellas
La mujer mas dichosa.
¿No los quieres abrir? ¿ó por ventura,
Fingiéndote dormido, solo esperas,
Para pagar mis ansias verdaderas,
Aun mas fina expresion en mi ternura?

De besos ardorosos
Tu boca celestial están llenando
Mis lábios temblorosos;
Abre tambien los tuyos, inflamando
Los besos que me des con aquel fuego
Tan grato que infundia
Tu lábio al lábio mio,
Y ardiente por mis venas se esparcia
Convirtiendo mi amor en desvarío.

No me atiende Abelardo, é insensible
Se muestra á mis caricias;
Ya no quiere colmarme de delicias.
¿No me dijiste un tiempo: *irresistible*
Es la fuerza, mi bien, de tus encantos?
¿Cómo resistes ahora halagos tantos?
¡Dejaste de sentir! ¡oh dura suerte!
Tu corazon inmóvil no se agita.

Ven, ingrato, á mi pecho, ven, y advierte
Con qué rigor palpita,
Cuál se levanta mi ferviente seno,
Cuál te recibe de entusiasmo lleno.

¿Así pagas mi amor, mi amor vehemente?
¡Oh cuán distintos somos! yo impaciente,
Loca y rabiosa porque no te via,
Por estos claustros con furor corria,
Ciega, desesperada, sin sosiego,
Arrebatada del ardiente fuego
Que en mi angustiado pecho no cabia.
Despedacé las flores que me ornaban,
Arranque con mi mano mis cabellos,
Rasgué mis vestiduras;
Frenética trepaba á las alturas,
Y en las mas encumbradas repetia
El nombre de Abelardo furibunda,
Y el monte á mi clamor se estremecia,
Los vientos se agitaban,
Y del claustro las bóvedas temblaban.

¡Oh desesperacion! ¿y el caro objeto
De amor tan fino y de pasion tan ciega,
Aun á escuchar mi queja lastimosa
Empedernido y bárbaro se niega?
Si el tiempo que pasó volver pudiera,

¡Cuántas finezas de su boca oyera!
¡Cuántas caricias sus hermosas manos. . .!
¡Qué horror. . . ¿ya los gusanos
Se apoderaron de ellas? ¡ah! lo entiendo:
¿Conque este caro objeto que estoy viendo
Ha sido presa de la muerte dura?
¡Muerte feroz! ¿tan pronto en esta vida,
Para cubrir mi pecho de amargura,
Asentaste la mano enfurecida?

¿Por qué ¡oh muerte! con funesta saña,
En la doliente mia no probaste
El rudo herir de tu fatal guadaña?
¿Por qué solo á mi amor arrebataste?
Hirieras á los dos, que sin mi amado
La existencia aborrezco y me horroriza.
¿Por qué, Abelardo mio,
Por qué has muerto, mi bien, sin tu Heloisa?
Dime, dime, cruel, ¿no te ha bastado
El acerbo dolor que me atormenta?
¿No el ver los ojos mios,
Los ojos mios que adoraste un dia,
Sin explendor ya hundidos
Por la angustia que sufre el alma mia?
¿Ni el contemplar mi rostro desecado,
De las amargas lágrimas cubierto,

Con que te lloro ausente?
¿Y quieres que tambien te llore muerto?
Abelardo, Abelardo: ¿no me atiendes?
Abelardo, mi bien, dulce Abelardo,
¿Al ardor que me agita no te enciendes?
Anímate, amor mio, y torne al punto
Tu sangre á recobrar su antiguo giro;
Respira el suave aliento que te inspiro,
Anímate, Abelardo, ya tu frente
Estoy bañando con mi soplo ardiente;
Anímate á mi queja dolorida.
¿No es bastante mi amor á darte vida?

No, no es posible, no: ya aquellos ojos
Que llenaban al mundo de alegría,
Y daban vida y sér al alma mia.
No tornarán á abrirse; aquel acento
Que regalado y blando agitó el viento
Con su dulce sonido,
A halagar no vendrá mi triste nido.

Muerte horrible y atroz, pudo tu saña
Arrancar á Abedarlo de la vida.....
Pero no de mis brazos. De él asida
Duramente estaré: sobre mi cuello
Estrecharé sus manos amarillas,

Sus lábios en mis lábios,
Y su pecho en mi seno... los gusanos
Que van subiendo ya por sus mejillas,
Cebaránse en mis carnes macilentas,
Así como en las suyas; y en dejando
Los descarnados huesos solamente,
Entónces nuestros secos esqueletos
Al furor de la muerte no sujetos,
Quedarán abrazados fuertemente.

A UNA HERMOSA.

¿Dónde está la quietud que gocé un dia?
¿Dónde está la quietud en cuyo seno
Tranquila reposaba el alma mia?
Jamas de envidia el roedor veneno
Mi pecho atormentó, ni me moviera
Con su aliento fatal codicia fiera,
Ni el soplo atroz de la ambicion sangrienta.
El curso de mi vida hilaba lenta
La mano de la parca; en dulce calma
Viera correr mis dias, y ora ¡oh triste!
Hermosa situacion, ¿dónde te fuiste?

Cual relámpago huyó la paz del alma
Para nunca volver..... Una hermosura,
De la madre de amor vivo traslado,
Llevóse mi ventura.

Miré, miré agitado,
Miré con vista ansiosa
La deidad mas hermosa
Con que se adorna el mundo:
Anhelante, rendíla mis sentidos,
Absortos, suspendidos
A sus piés por despojos;
Bebí la luz de sus brillantes ojos,
Y el balsámico olor que difundia
Me embriagó de placer, y ví agitarse
Y encenderse mi ardiente fantasía.
Y cuando viera ¡oh cielos! desplegarse
Sus bellísimos lábios, dó las rosas
Depusieron sus tintas mas hermosas,
Y agitar blandamente el aire vago
Con su melífluo acento, ¿quién pudiera
Resistirse al poder de tanto alhago,
Aunque insensible mármol se volviera?

Yo desde entonces cual deidad la adoro,
La consagro mi afan, sigo las huellas
Que dejan al andar sus plantas bellas,

Y mil veces las beso enternecido.
Donde quiera que vá, allí embebido
Contemplándola voy, la voy amando,
Adorando mas bien; y silencioso,
Sus formas celestiales admirando;
Inmóvil ni aun respiro,
Aunque de cuando en cuando
Exhalo un ardentísimo suspiro
Que el aire con su fuego va inflamando.
Mi alma y mis sentidos no se mueven
Un punto de sus ojos celestiales,
Que manan copiosísimos raudales
De las delicias que mis ojos beben.
Yo le dedico las ardientes flores
De mi edad juvenil, que se marchitan
Si no las vivifican sus favores.

Ella en tanto, orgullosa,
Dominando mi espíritu cual diosa,
Y ufana con su brillo y su hermosura,
Ni aun atiende mi triste desventura.

¡Pero cómo verá la ardiente llama
Que mi ferviente corazon derrama,
Si rodeada sin cesar se mira
De tanto y tanto halago,
Que mi vista afanosa en ella admira!

Ved como bate el Zéfiro halagüeño
Con aliento anhelante.
Su divino semblante,
Y disipa las sombras de su ceño.
¡Cuál acaricia su encendida boca
Con sin igual ternura!
No con accion tan loca
Pierdas, Zéfiro dulce, tu frescura;
Mira que amor inflama al que la toca.
¡Ya desciendes ansioso
Al seno delicioso,
Y batiendo las alas,
La mansion de la gracias me señalas!
¡Ya revolando en torno
Del amable contorno
Ondeas su vestido,
Y abrazas atrevido,
Sin que el pudor se ofenda,
El cuerpo airoso de mi amada prenda!

Ella en tanto recibe
En lánguido abandono,
Tus soplos lisonjeros,
Que gratos, placenteros,
Son la delicia suya;
¡Quién trocara su suerte con la tuya!

¡Oh cómo envidio á la purpúrea rosa
Que en su seno prendida
Recibe de su ardor eterna vida!
¡Cómo tiende las hojas delicadas
Del fuego de sus ojos inflamadas!
¡Oh venturosa flor, cuán fervorosa
A torrentes envias tus fragancias
Al delicado olfato, que se goza
En tanta amenidad; y con las ansias
De su agitado seno te regala;
Sobre tí sus miradas multiplica;
Y tierna y agradable,
Con su aliento inefable
Te recrea, te inunda y vivifica!
Vive por siempre, delicada rosa,
Nunca, nunca abandones
Esa mansion donde el placer reposa.

¡Oh, si cual tú pudiera
Ese pecho besar! ¡Oh, cómo ardiera,
Cómo ardiera mi lábio en vivo fuego,
Y arder tambien hiciera
Su seno hermoso, aunque de nieve fuera!
Pero no pido, no, no pido tanto,
Mas fácilmente, objeto peregrino,
Mas fácilmente puedes

La nube disipar de mi quebranto,
Mitigar el horror de mi destino.
Vuélveme á ver siquiera,
Verás cual huye mi congoja fiera;
Vuelve un momento á mí tus ojos bellos,
Un momento no mas, y en recompensa
Recibe el holocausto de mi vida;
Que si al morir te miro enternecida,
Brindándome piadosa tus caricias,
Entonces para mí será la muerte
El dulce manantial de mis delicias.

LA PERFIDIA.

Oh adorada Corina, yo te amara
Siempre agitado del ardor mas vivo,
Y el poderoso iman de tu atractivo
Mi corazon sensible arrebatara.
En el delirio de tu amor hallara
Un placer celestial: yo te miraba,
Objeto de mi amor idolatrado,
Y de un dulce consuelo se bañaba
Mi amante corazon: enajenado,
Tu graciosa sonrisa contemplaba.
El suave acento de tu voz oia,

Tu expresivo mirar me embebecia,
Y tu agradable aliento respiraba.
Ni un instante pudiera
Apartarme de tí, eres mi centro,
En la vehemencia de tu amor encuentro
Los placeres que el alma apeteciera.

Cuántas veces mi rostro se inclinara
En tu cándido seno,
Que se agitaba de ternura lleno!
Cuántas veces amor aprisionara
Entre mis brazos tu divino cuello;
Cuántas veces mis lábios animados
Llenaron con placer tu rostro bello,
De besos inflamados;
¡No mirabas, mi bien, cuál se agitaba
Mi amante corazon! ¡cuál palpitaba
De ternura y amor! ¡no le mirabas!
Pero, oh desdicha, cuando mas rendido
Me hallaba de tu amor embebecido,
Con la traicion mas negra me pagabas.
Un indigno rival arrebatara
El delicioso objeto que adorara:
Entre sus brazos ¡ah! te abandonabas,
Y su frente llenabas
Con tus besos ardientes,

Y tierna le halagabas
Con lábios balbucientes,
Y él para mas agravio,
Ni aun siente el fuego de tu ardiente lábio.

¡Oh dolor sin igual! veme, perjura,
Veme ya sumergido en la amargura:
Mi corazon sensible, condolido,
¡Cuál precipita su mortal latido!
A cada instante mi tormento crece,
Mi pecho se comprime, se entumece.....
No acierto á respirar ¡ay! yo quisiera
Gritos lanzar..... no acierto ¡ah! si pudiera
Siquiera suspirar, si un triste llanto
Alivio diera á mi mortal quebranto!
No puedo ni aun gemir, no..... me lo impide
La opresion de mi pecho acongojado,
De tormentos sin fin despedazado.
¡Qué buscabas, infiel, en otros brazos!
Para llenarte, dí, ¿no eran bastantes
Los cariñosos lazos
De mis brazos amantes?
¡No te bastaba la pasion ardiente
De mi pecho inflamado!
No te bastaba el verme devorado
Del ardor mas vehemente!

No te bastaba, cruel; la idolatría
Que te diera anhelante el alma mia!

Si mi encendido ardor no es suficiente
Para llenar tu pecho, será en vano
Que busques otro amor; no hay pecho humano
Que sentir pueda cual mi pecho siente.
A ese mortal que adoras,
Mírale ya con rostro indiferente
Mirar tus atractivos.
No le hacen impresion tus ojos vivos,
Ni tus tiernas caricias. . . . ¡ah! tú lloras,
Tú suspiras, lamentas, te enterneces,
Y abatida me ofreces
El sacrificio de tu infame vida;
Te postras á mis piés arrepentida,
Los abrazas, los besas, y entre tanto
Con lágrimas amargas los envuelves.
¡Fijas en mí los ojos lacrimosos!
Y me pides perdon! y á llorar vuelves!
¿Qué me importa tu llanto?
Si un diluvio de lágrimas lloraras,
La mancha del agravio no lavaras;
Y el sacrificio mismo de tu vida
No pudiera dejarme satisfecho
De la horrosa injuria cometida

Contra mi amante pecho.
¡Cómo me oprime tu fatal presencia!
Tu lángido mirar me desalienta,
Tu triste suspirar me desespera,
Y el eco de tu voz cuál me atormenta,
Huiré lejos de tí, aunque la ausencia
No pueda mitigar mi pena fiera.

¡Cómo odiarte pudiera. . . .!
Entónces de mi pecho arrancaria
Tu aborrecida imágen, y tuviera
Un triste alivio la desgracia mia;
Pero ya que no puedo aborrecerte,
Ni arrancarte del pecho cual quisiera,
Huiré á esconder el mal que me contrista,
Y á vivir léjos de tu infame vista.
Vivir léjos de tí solo deseo.....
¡Mas cómo viviré si no te veo!
No puedo estar sin verte,
Ni dejarte de amar; cadenas duras
Que á mi pesar arrastro, atormentadme,
Pues no os puedo romper: aniquiladme,
Y acabarán mis largas desventuras!
Con mi cansada vida,
De solo mi despecho sostenida,
Busco la soledad: oh, cuán horrible

A mi turbada vista se presenta!
Aun mas dura opresion experimenta
Mi corazon sensible;
La fuerza del dolor irresistible
Carga y redobla su fatal violencia
Sobre mi pecho triste y dolorido,
De violentas pasiones sacudido.
De mi odiosa existencia
Cómo pudiera huir... al campo vuelo
A buscar lenitivo á mi desvelo,

El fogoso caballo
Que adivina mi mal, parte cual rayo
Y atropellando el curso redoblado
Por el viento, me lleva arrebatado.
Oh, caballo veloz, no te fatigues:
Con tu rápido curso no consigues
Aliviar mi dolor desesperado.
De una atmósfera ardiente,
Por do quiera que vas estoy rodeado,
Por do quiera que vas estoy cercado
De afecciones y angustias penetrantes;
Por do quiera que vas, sobre mi frente
Se revuelven las penas devorantes:
Pára, caballo amigo,
Pára tu curso y llorarás conmigo.

Todo conspira para hacer mas dura
De mi agitado pecho la amargura
En estas soledades espantosas:
Esos tiernos arbustos deshojados,
Esas rocas informes magestuosas,
Esos árboles secos destrozados,
De los vientos el lúgubre murmullo,
De esa tórtola triste el triste arrullo,
Y el trémulo mover de aquellas hojas
Agitadas del viento,
Triste pábulo dan á mis congojas.

Un lánguido y mortal abatimiento
Se apodera de mí: tenaz recuerdo
De mi perdido bien, no me persigas;
Compadece mi llanto y mis fatigas
Y mi agudo penar. Sé que te pierdo,
Objeto de mi amor: ya no separa
El muro que tu infamia levantara;
Te pierdo para siempre: este martirio
Acrecienta el furor de mi delirio;
Y al recordar tan horrorosa idea,
Mil tormentos el pecho combatieron,
Mil suspiros del alma se exhalaron,
Y en mis hinchados párpados
Las lágrimas amargas se agolparon

Y en mis mejillas pálidas corrieron,
Y en mis trémulos lábios resbalaron,
Y su ingrato amargor tristes bebieron,
Y no bien de mis párpados salieron,
Cuando otras y otras brotan, y tras ellas
Otras mil, y otras mil siguen sus huellas,
Y otras mil, y otras mil sin que pudieran
Contenerse las líquidas corrientes,
Siendo mis ojos inexhaustas fuentes.

Inhumana mujer, mujer perjura,
Que te entregas á pérfidas caricias,
Buscando en otros brazos las delicias
Que disfrutar no puede tu alma impura;
Mujer ingrata, por quien peno y lloro,
¡Quién te puede adorar cual yo te adoro!
Solitaria mansion, mansion de espanto,
Que me conturbas y me aflijes tanto,
Tu dolorosa influencia estoy sintiendo;
Todo respira aquí melancolía
Que mas y mas oprime el alma mia.
Ya me aparto de tí, ya voy huyendo
De aquestos melancólicos lugares,
Y busco alivio en los inmensos mares.
En su orilla argentada
Pasmado me hallo por la vez primera;

Tiendo mi débil paso en la ribera
De los marinos árboles cercada,
Me agito y corro en la movible arena;
Corro agitado, y el pensar me sigue,
Y mi pecho oprimido no consigue
Dejar tras sí la devorante pena.
Lanzo desesperado
Desde el fondo del pecho ya cansado
Gritos de desconsuelo,
Gritos que hiren hasta el alto cielo
Que entre las densas nubes se me esconde,
Y el cielo á mi lamento no responde.

Abandónome al mar, dejo la orilla,
Sigo el rastro de luz que tanto brilla
Sobre la onda espumosa que se aleja
Horrorizada de mi mal: huyendo
El eco prolongado de mi queja,
Que se confunde con su ronco estruendo,
En medio de las aguas del oceano
Me miro aislado: su extendido llano
A mi vista se pierde: en todas partes
Miro la inmensidad que me rodea:
Inmensidad que iguala mis pesares,
¡Adónde miraré que no te vea!
Y el sordo ruido que los anchos mares

Tienden por toda la extension inmensa,
Van aumentando mi congoja intensa.
Acalla un punto, ¡oh mar! ese rugido,
Y escucha mi dolor: mas combatido
Tienen mi triste pecho los tormentos,
Que á tí la furia de irritados vientos.
Dónde hallaré consuelo.....? En esta roca,
Sobre arrecife horrible levantada,
Iré á pasar mi desventura fiera:
Serás, oh roca! el último retiro
En que apoye mi frente fatigada,
Y que reciba mi postrer suspiro.

Pero es en vano que pretenda asilo
En que pueda mi pecho estar tranquilo,
Pues las olas del mar vienen bramando,
Llegan, te baten, y otras se levantan
Y te baten tambien, y rebramando
Te baten otra vez, y se quebrantan
Por derribarte, oh roca conmovida,
Ultimo asilo de mi triste vida.
Ya la tierra y el cielo me abandonan,
Me abandona el valor: mis penas solas
No se apartan de mí. . . soberbias olas,
Que combatís las nubes que os coronan,
Conmigo os estrellad, arrebatadme

En el furor de vuestras turbias ondas,
Ahogad mi triste aliento, y arrojadme
Del mar profundo en las cavernas hondas.
Y cuando muerte atroz arrebatare
Los últimos momentos de esta vida
Cansada y dolorida,
Y mi postrer suspiro se exhalare,
El dulcísimo nombre de la ingrata
Que pérfida arrebata
Mis postreros alientos,
Saldrá envuelto en mis últimos lamentos.

A UNA MEXICANA.

No así con tus encantos arrebates,
Mexicanita hermosa,
Este inflamable corazon en donde
La pasion ardorosa
De amor, hierve sin fin; esconde, esconde,
Ansioso te lo ruego,
Esa frente purísima, esos ojos
Que han acabado ya con mi sosiego,

Y esa graciosa boca,
Y ese tu lábio de carmin bañado,
Que sin cesar provoca
El beso ardiente del amor... no muevas
El talle delicado,
Ni tan airosamente al hombro inclines
Voluptuoso el cuello,
Ni al viento así abandones el cabello,
Que ya sufrir no puedo
Tan violenta emocion. A tus mejillas,
Quién de rosa y jazmin dió los colores?
Quién la inefable gracia con que brillas?
Quién te dió los encantos vencedores?
Quién la armoniosa voz, que cuando suena
Blandamente halagando mis oidos,
Deja mi alma extasiada
Y en suave deliquio mis sentidos?

Eres mas bella que jardin cubierto
De flores agrupadas que se mecen
Sobre el vástago débil; mas airosa
Que el tallo de la rosa,
Mas que el lirio gentil; jóven amable,
Si el vivo afan, la llama inapagable
Que mi ferviente corazon devora
Pudieras tú sentir; ó si piadosa

La violenta pasion de quien te adora
Quisieras consolar, y dulce y tierna
Me amases tú tambien, ¡cuán venturosa
Fuera entonces mi suerte! ¡cuán eterna
Mi gratitud! A tu adorable lado
Viérasme siempre absorto, embelesado,
Fijos en tí mis ojos anhelantes,
Contemplar tus encantos espresivos,
La atmósfera aspirar que tú respiras,
Gozarme en el placer que tú me inspiras,
Y devorar tus dulces atractivos.

Bella jóven, piedad, y no me dejes
Morir así de amor. . . ¿nunca has sentido
El divino placer de verte amada?
Nunca tierna, sensible, abandonada
De un amante feliz á las caricias
Te has visto sumergida entre delicias?
Bella jóven, piedad. . . Infortunado
Ignoro por ventura
Que en este clima helado
Amor no puede arder. Las mexicanas,
De encendido color, de rostro hermoso,
Al placer y al deleite al hombre incitan;
Mas, tranquilas sus almas,
De deleite y placer jamas palpitan.

Y son, me dicen, ¡ay! como la cumbre
Pura de Ixtaxihual, que reverbera
Del claro sol la brilladora lumbre,
Bellísima á la vista, pero fria,
Eternamente fria. ¡Oh Dios! posible
Será, adorada mia,
Que un corazon abrigues insensible?

Oh sol ardiente de la patria amada!
Oh sol de Yucatan, en cuyo suelo
Con tu luz inflamada,
Jamas consientes la frialdad del yelo.
Allí arder haces la fecunda tierra,
Arder haces allí del sur el viento
Que el soplo helado de aquilon destierra;
Arder haces del aire
Las diáfanas religiones,
Y con benigno influjo
Arder haces tambien los corazones.
Si tú, bien mio, en Yucatan nacieras,
Sin poderlo estorbar de amor ardieras,
De amor inextinguible. Dime, amada,
¿No es cierto que insensible á mis halagos,
No es cierto que insensible á mis caricias
Tu pecho no será? Dilo al momento:
Tu lábio desvanezca

El bárbaro tormento
Que me oprime cruel: haz que fenezca
La duda de una vez; y si la suerte
Heló tu corazon, y no has de amarme,
Y á vivir desamado he de entregarme,
Hiérame al punto la implacable murte.

—

LA AUSENCIA.

Cuán amargamente vivo
Tan distante de mi amor:
Sin tí, mi bien, no recibo
Sino impresion de dolor.

Tus encantos recordando
Uno á uno el alma mia,
El sol me encuentra llorando,
Llorando la noche umbría.

Cuando mi lábio te nombra,
Mas y mas mi dolor crece:
Pasa á mi vista tu sombra,
Y tu sombra me enternece.

Para redoblar mis penas,
Si á una triste ilusion creo
Todo el universo llenas
Y en todas partes te veo.

Si miro una flor hermosa,
En la flor tu imágen miro,
Y esta imágen engañosa
Me arranca un hondo suspiro.

Si en el cielo resplandece
De amor la luciente estrella,
Todo el brillo me parece
De tus ojos ver en ella.

De las aguas cristalinas
En las olas agitadas,
Hallo tus formas divinas
Sin cesar multiplicadas.

La aurora te representa
Entre sus celages rojos,

Y tras del sol que se ausenta
Figuran verte mis ojos.

Cuando en las hojas el viento
Con blanco murmullo vaga,
Paréceme que el acento
De tu dulce vos me halaga.

Cuando mis párpados cubre,
Despues de llorar, el sueño,
¡Oh cuán viva se descubre
La imágen ¡ay! de mi dueño!

Oigo su voz cariñosa,
Me deleita su hermosura,
Toco sus dedos de rosa,
Me encanta con su ternura.

Mírola suelto el cabello,
Que el viento en sus hombros tiende,
Y en negras ondas del cuello
Al blanco seno desciende.

Mírola vagos, ansiosos
Los ojos, tierna, agitada
Buscarme, y entre sollozos
Llamarme desesperada.

Cese tu afliccion, querida,
Cese ya el tormento impío;
Esa queja dolorida
Cese ya, consuelo mio.

¿No ves que vuelo impaciente,
De amor y entusiasmo lleno,
A besar tu lábio ardiente
A comprimirte en mi seno?

A CLEMENCIA.

¿Qué será, que viendo aquí
Mujeres de gracia llenas,
Muy hermosas,
No hacen impresion en mí
Sus colores de azucenas
Y de rosas?

Ni atiendo á la gallardía
De sus cuerpos delicados
Y lijeros;
Ni á la brillante osadía

De sus ojos inflamados,
Hechiceros.

No su lábio ardiente y bello,
Ni su elegante cintura
Me conmueve;
No su airosísimo cuello,
Ni del pecho la blancura
Como nieve.

Yo miro sus piés pulidos
Y sus lindas proporciones
Muy atento;
Miro jóvenes rendidos
Que les dan sus corazones
Al momento.

Oigo su voz armoniosa,
Que arrebata con sus trinos
Seductores,
Y hace brotar imperiosa
Aun en pechos diamatinos
Los amores.

Mas no su canto me agrada,
Ni mi corazon palpita
Si las veo,

Pues mi mente enajenada,
A Yucatan precipita
Su deseo.

Aquí todo me importuna,
Y me arrebata esta ausencia
Mil delicias:
No siento impresion ninguna
Si me faltan, ¡oh Clemencia!
Tus caricias.

A UNA JOVEN.

Retratándose en el daguerrotipo.

No, Isabel, ¿cómo consientes
Que para ser retratada,
Hieran tu faz delicada
Del sol los rayos ardientes?

¡Cómo inflaman tu color,
Y cuánto su ardor te apura!
Ya en tu frente bella y pura
Brota copioso el sudor.

Tu mirar que mi alma enciende,
Se ofusca con la fatiga:
Cierra los ojos, mi amiga,
Que el sol los turba y ofende,

Ciérralos, y huye del fuego
Que está quemando tu rostro,
Huye del fuego, y me postro
A tus piés; oye mi ruego.

Ven ya al fresco, mi querida,
Ven, y veremos la copia:
Será, sí, tu imágen propia,
Tendrá tu cara encendida

¿Y esta apagada pintura
Podrá llamarse retrato?
¡Qué! ¡tan célebre aparato
Solo da una sombra oscura!

¿Y aquella mezcla de rosa
Y jazmin de tus mejillas,
Y el encanto con que brillas,
Dónde están, vírgen hermosa?

¿Dónde el carmin que resalta
Ardiente y vivo en tu lábio?

Tal pintura te hace agravio?
Sin color, ¡cuánto le falta!

Ese instrumento al metal
Traslade muros, ruinas;
No las formas peregrina
De tan lindo original.

LA VUELTA A LA PATRIA.

Mirad, mirad. Allí por donde asoma
Hermoso el sol la brilladora frente,
Y sin cesar derrama
Lluvias de luz que inflaman el oriente,
Allí está Yucatan: mansion dichosa
Do al granizo no teme ni á la helada
Al campo desastrosa,
El ágil labrador: mansion amada
De gozo celestial. Allí está el aire
Que respiré al nacer. ¡Dios poderoso!

Salta mi corazon, mis miembros tiemblan,
Mi espíritu reboza de alegría.
¡Y he de volver á verte, ¡oh patria mia!
¡Y he de volver á verte! Clavo ansioso
Los ojos fatigados hácia donde
Envidiosa la mar tu seno esconde,
Y no te veo; si volar pudiese
A tu playa feliz que mi alma anhela
Como salvando las distancias vuela
El libre pensamiento,
¡Cómo volara á tí!
Mas raudo el viento,
Por las fáciles olas arrebata
La deslizada quilla
Que hoy me conduce á tu anhelada orilla.
Orilla deliciosa
Que embalsamas las auras apacibles.
Allí veré las palmas elegantes,
Que en numerosos grupos se levantan
Y tejiéndose en bóvedad movibles
Las miradas atónitas encantan.
Allí veré los campos, donde quiera
Cubrirse de verdor, brotar espigas
Que al hombre alimentando, recompensan
Del labrador las ásperas fatigas.
Allí veré los rutilantes ojos.....

Mas decidme ¿por qué, por qué enmudece
La prora resonante?
¿Por qué la blanca espuma borbollante
Que arrojaba ante sí, desaparece,
Y se aquieta la mar? Horrible calma
Vendrá á enfrenar el ímpetu del viento
Y á destrozarme el alma?

Se deshinchen ¡ay! las velas,
Y el viento en ellas no zumba;
El silencio de la tumba
Reina en medio de la mar.
Mi débil nave oprimida
Del agua que la rodea,
Se sacude y bambolea,
Pero fija en un lugar.

Cuan á paso lento, ¡ay triste!
Vendrá la noche entre tanto;
Tenderá su negro manto
Como paño funeral.
Entre sus sombras envuelto
Y en el mastil reclinado,
Lloraré desconsolado
Esta rémora fatal.

No invoco las dulces auras
Que blandamente se mueven,

A que fáciles me lleven
Sin peligro á Yucatan.
El viento que me dirija
A su ribera apacible,
Será un viento bonancible
Aunque fuese el huracan.

Huracan, huracan, á tí te imploro,
Antes que en esta calma,
Que en esta horrible calma me consuma;
Desata tu furor, la mar azota,
Sacude sus cimientos,
Hiervan las aguas. Como débil pluma
De las olas juguete y de los vientos,
Compele arrebatada
A Yucatan mi frágil navecilla,
Aunque al llegar me estrelles en la orilla.

FABULA.

Aunque soy un pobre indio
De alpargata y pampanilla,
Que no tengo calzoncillo,
Ni entiendo lo que es camisa;
Tengo mi hacha y machete,
Y sé tumbar mucha milpa,
Siendo con esto mas útil
A nuestra infeliz provincia,
Que el Congreso, que el Senado,
Gobernador y pandilla,
Y todos los tribunales

De todas las injusticias.
Yo jamás agarré pluma
De pato, ni de Castilla;
Mas para ver si soy libre,
Será preciso que escriba.
Prepárome, pues, y tomo
De papel una cuartilla,
Tajo una pluma de pavo,
Presto un poquito de tinta,
Pongo el semblante muy grave,
Y allá va una fabulilla.

En los áridos desiertos
De la despoblada Libia,
Es fama que en otro tiempo
Hubo diversas familias,
De animales diferentes,
Que un Leon sangriento regía.
Los ajentes principales
De sus crueldades inícuas,
Eran Tígres, Leopardos,
Y otros de garra esquisita,
Que en los demas, así unidos,
Sus furores ejercitan,
Sin que puedan escaparse
De su saña vengativa,
Ni los que altivos resisten,

Ni los mansos que se humillan.
Quiso al fin el Elefante
Abolir la tiranía,
Y al Leon con su fuerte trompa
Dió tan fiera sacudida,
Que sin poder remediarlo,
Rujiendo de rabia espira.
El vencedor que no encuentra
Quien su voluntad resista,
Establecer un gobierno
Equitativo medita,
Y todos los animales
Dando saltos de alegría,
Fundadamente creyeron
Que libres respirarian.
Mas quiso sin duda el diablo,
Para entorpecer sus dichas,
Que los antiguos mandones
Doblando cuatro rodillas
Pidieran ser conservados
En los puestos que obtenian,
Ofreciendo en adelante
Gobernar con mas justicia.
Con la trompa el Elefante,
Segun la fama publica,
Les otorga generoso

La gracia que le pedian;
Y que de costumbres muden
Con gravedad les intima.
Pero ellos no abandonando
Sus carnívoras manías,
Saciábanse como siempre
De muertes y de rapiñas:
Y hermanando á sus crueldades
La irritante hipocresía,
Protestan ejecutarlas
Por amor de la justicia.
Los cuadrúpedos mirando
Que á peor sus desgracias iban,
Juntáronse una mañana
En numerosas cuadrillas,
Y al Elefante dijeron
Esta razon bien sentida:
Qué importa que el Leon muriese
Al impulso de tus iras,
Si en sus agentes conservas
La dominacion leonina?

CHAPULTEPEC.

No en México, niña hermosa,
Tan amartelada estés;
¿Ese ruido de sus coches
Te puede causar placer?

Rumor de trueno parece;
Tan melancólico es.
Si á los balcones asomas
¿Qué tus ojos lindos ven?

Una inmensa multitud
Asquerosa, descortes,
Que las anchas calles puebla
En numeroso tropel,

Y á cuantos pasan ensucia
Torpe, mugrionta, soez;
O una turba de extranjeros
Que aunque vestidos estén

De ropajes ajustados,
Con el sombrerillo inglés,
Siempre rizado el cabello
Y siempre limpia la tez,

No tu airoso cuerpo miran,
Ni tu muy pulido pié,
Ni tus gracias le conmueven,
Ni en tu amor pueden arder;

Que á México los arrastra
Del oro hidrópica sed:
Solo piensan y cavilan
En el villano interes.

Huye de esa mansion triste,
Huye luego, niña, y ven,

Ven conmigo al apacible
Bosque de Chapultepec.

Bajo los árboles bellos,
Que al cielo con altivez
Sus verdes copas levantan,
Bajo el umbroso dosel

De sus ramas, mi cariño
Y mi amor te juraré:
Como tórtolas amantes
En solitario vergel,

Mano á mano pasearémos:
Tú embriagada de placer,
Yo loco de amor, absorto,
Embebido miraré

Las rosas de tus megillas,
Y en ellas me gozaré.
La sonrisa de tus lábios,
Del deleite nuncio fiel,

Tu cuello que ostenta gracias,
La sensible languidez
De tus ojos, si con ellos
Mi pasion llegas á ver,

Y el acento delicioso
De tu voz escucharé.
Ven, flor de México hermosa,
Ven luego á Chapultepec,

Ven á gozar las caricias
Que te consagra mi fé;
Ven, tortolilla inocente,
No así tan remisa estés;
Ven, delicia de los hombres,
Ven, amor del mundo, ven.

LA FAMA.

En lecho delicioso,
De pluma delicada bien mullido,
El sibarita ocioso
De oro y seda ventido
Descance el cuerpo de placer rendido.

Disfrute allá en su idea,
En éxtasis sabroso, todo el lleno
De bienes que desea;
Libre, feliz, sereno,
De pesadumbre y de fastidio ageno.

Y el sueño blandamente,
Sus párpados cerrando adormecidos,
La imágen le presente
De mil apetecidos
Deleites, fácilmente conseguidos.

Vendrá empero la muerte
Y segará su vida descuidada
Con su guadaña fuerte;
Su memoria lanzada
Será entonces al seno de la nada.

Yo sobre cama dura
No pueda descansar ni aun débilmente:
Del dolor la amargura
Devóreme inclemente:
No tenga en donde reclinar mi frente.

Despedazada el alma
De pasiones violentas, no consiga
Un momento de calma;
Y la inquietud me siga,
Y eterno el infortunio me persiga.

Atormentado sea
Mi sueño por la imágen de la muerte:
Aun dormido me vea

Luchando con la suerte;
Halle solo afliccion cuando despierto.

Pero mi acerbo llanto,
Del deleite jamás interrumpido,
Vigor dará á mi canto;
Al canto dolorido
Que arranque mi memoria del olvido.

¡Patria adorada mia!
¿No cubrirán tus jóvenes de rosas
Mi sepultura fria?
Tus vígenes hermosas
¿No entonarán mis cánticos llorosas?

No de inmortal renombre
La orgullosa ambicion mi pecho inflama;
Pero arderá mi nombre
Con refulgente llama,
Si su poeta Yucatan me aclama.

INDICE.

	PAGS.
Introduccion.	5
Don Wenceslao Alpuche.	11
Hidalgo.	107
A un juez.	121
Grito de Dolores.	129
La independencia.	135
Al suplicio de Morelos.	141
A D. Andrés Quintana Roo. . . .	144
A una hermosa.	151
La perfidia.	157
A una mexicana.	168
La ausencia.	173
A Clemencia.	177
A una jóven.	180
La vuelta á la patria.	183
Fábula.	187
Chapultepec.	191
La fama.	195

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Oct. 2008

Preservation Technologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 024 273 372 1